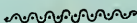


4403

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.



LOS ESTRANGULADORES.

Drama de espectáculo en cuatro actos y cinco cuadros.



BARCELONA.



ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ Y C.^ª

Pasaje de Escudillers, número 4.

1865.

9

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...	El hombre negro.	Herencia de lágrimas
Amor de Antesala.	El fin de la novela.	Instintos de Alarcon.
Abelardo y Eloisa.	El filántropo.	Indicios vehementes
Abnegacion y nobleza.	El hijo de tres padres.	Isabel de Médicis.
Angela.	El último vals de Weber.	Ilusiones de la vida
Afectos de odio y amor.	El hongo y el miriñaque.	Imperfecciones.
Arcanos del alma.	¡Es una malva!	Jaime el Barbudo.
Amar despues de la muerte.	Échar por el atajo.	Juan sin Tierra.
Al mejor cazador...	El clavo de los maridos.	Juan sin Pena.
Achaque quieren las cosas.	El oncenno no estorbar.	Jorge el artesano.
Amor es sueño.	El anillo del Rey.	Juan Diente.
A caza de cuervos.	El caballero feudal.	Los nerviosos.
A caza de herencias.	¡Es un ángel!	Los amantes de Chinchon.
Amor, poder y pelucas.	El 5 de agosto.	Lo mejor de los dados...
Amar por señas.	El escondido y la tapada.	Los dos sargentos españoles
A falta de pan...	El licenciado Vidriera.	Los dos inseparables.
Artículo por artículo.	¡En crisis!	La pesadilla de un casero.
Aventuras imperiales.	El Justicia de Aragon.	La hija del rey René.
Bonito viaje.	El Monarca y el Judío.	Los extremos.
Boadicea, <i>drama heroico</i> .	El rico y el pobre.	Los dedos huéspedes.
Batalla de reinas.	El beso de Judas.	Los éxtasis.
Berta la flamenca.	El alma del Rey García.	La postdata de una carta
Barómetro conyugal.	El afan de tener novio.	La mosquita muerta.
Bienes mal adquiridos.	El juicio público.	La hidrofobia.
Corregir al que yerra.	El sitio de Sebastopol.	La cuenta del zapatero.
Gañizares y Guevara.	El todo por el todo.	Los quid pro quos.
Cosas suyas.	El gitano, ó el hijo de las Al-	La Torre de Londres.
Calamidades.	pujarras.	Los amantes de Teruel.
Como dos gotas de agua.	El que las dá las toma.	La verdad en el espejo.
Cuatro agravios y ninguno.	El camino de presidio.	La banda de la condesa.
¡Cómo se empeñe un marido!	El honor y el dinero.	La esposa de Sancho el Bravo.
Con razon y sin razon.	El payaso.	La boda de Quevedo.
Cómo se rompen palabras.	Este cuarto se alquila.	La Creacion y el Diluvio.
Conspirar con buena suerte.	Esposa y mártir.	La gloria del arte.
Chismes, parientes y amigos.	El pan de cada dia.	La Gitana de Madrid.
Con el diablo á cuchilladas.	El mestizo.	La madre de San Fernar
Costumbres políticas.	El diablo en Amberes.	Las flores de don Juan.
Contrastes.	El ciego.	Las apariencias.
Catiline.	El protegido de las nubes.	Las guerras civiles.
Cárlos IX y los Hugonotes.	El marqués y el marquesito.	Lecciones de amor.
Carnioli.	El reloj de San Plácido.	Los maridos.
Dos sobrinos contra un tío.	El bello ideal.	La lápida mortuoria.
D. Primo Segundo y Quinto.	El castigo de una falta.	La bolsa y el bolsillo.
Deudas de la conciencia.	El estandarte español á las	La libertad de Florencia.
D. Sancho el Bravo.	costas africanas.	La Archiduquesita.
D. Bernardo de Cabrera.	El conde de Montecristo.	La escuela de los amigos.
Dos artistas.	Elena, ó hermana y rival.	La escuela de los perdidos.
Diana de San Roman.	Esperanza.	La escala del poder.
D. Tomás.	El grito de la conciencia.	Las cuatro estaciones.
De audaces es la fortuna.	¡El autor! ¡el autor!	La Providencia.
Dos hijos sin padre.	El enemigo en casa.	Los tres banqueros.
Donde menos se piensa...	Furor parlamentario.	Las huérfanas de la Caridad
El amor y la moda.	Faltas juveniles.	La ninfa Iris.
¡Está local!	Gaspar, Melchor y Baltasar, ó	La dicha en el bien ajeno.
En mangas de camisa.	el ahijado de todo el mundo.	La mujer del pueblo.
El que no cae... resbala.	Genio y figura.	Las bodas de Camacho.
El niño perdido.	Historia china.	La cruz del misterio.
El querer y el rascar...	Hacer cuenta sin la huésped.	Los pobres de Madrid.

LOS ESTRANGULADORES.

DRAMA DE ESPECTÁCULO

EN CUATRO ACTOS Y CINCO CUADROS,

escrito sobre uno francés del mismo título

POR

DON RAFAEL DEL CASTILLO

Y

DON TELESFORO CORADA.



BARCELONA.

—523—

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ Y COMP.^ª

Pasaje de Escudillers, núm. 4.

1865.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Miguel Gaset, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones ni en los países con quienes haya ó se celebren en adelante contratos internacionales. Los comisionados de la *Galería dramática y lírica* titulada EL TEATRO son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos. Queda hecho el depósito que marca la ley.

REPARTIMIENTO.



PERSONAJES.

ACTORES.

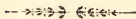
MINDHA.	Sras.	Segarra.
KISNA.	»	Bonfiliori.
ENRIQUETA.	»	Mata.
KETTY.	»	Moral.
PENJAB.	Sres.	Lumbreras.
SIDNEY.	»	Ribas.
SEGOR.	»	Carvajal.
MURRAY.	»	Tutau.
MONREAL.	»	Grifell.
EL GOBERNADOR DE LA COLONIA.	»	Francesconi.
SELIM.	»	Fuentes.
SALEM.	»	Saumell.
UN AYUDANTE.	»	Taulé.
UN CRIADO.	»	Junqué.
TIMOR.	»	Sardá.
GULNAR.	»	Virgili.
UN FAQUIR.	»	Arcos.
THUGS 1.º y 2.º.	»	N. N.

Esclavos, máscaras, oficiales ingleses, damas, bramines, sacerdotisas de varias tribus, bayaderas, soldados y músicos ingleses é indios, cónsules, pueblo.

La escena en la India. Contemporánea.



ACTO PRIMERO.



Salon espacioso con rompimiento de tres arcos al foro, por el cual se descubre un espléndido jardín iluminado profusamente: decoran el salon guirnaldas de flores, gasas, candelabros, pebeteros, arañas. Puertas laterales que conducen á los salones de baile y de descanso. Muebles lujosos.

ESCENA PRIMERA.

EL GOBERNADOR. MONREAL.

(Durante esta escena y sin perjuicio de la representacion, recorren los jardines ó cruzan desde ellos á los salones máscaras y oficiales ingleses, algunos de estos con lazos azules y flecos de oro atados en el brazo.)

MONREAL. Os aseguro, milord, que vuestro baile es mas digno del palacio de San James, que de un establecimiento indio: es verdad que allí no se conocen estas noches de brisa tibia y perfumada, este cielo de purisimo azul y brillantes estrellas, ni esa vegetacion espléndida y lozana: pero la riqueza, la elegancia y el buen gusto que en todos los salones descuellan son verdaderamente régios.

GOBERNADOR. Y mi sobrino sin parecer. Estoy impaciente. La hora de empezar se acerca... *(Llamando. Aparece un ayudante.)* ¿No ha venido el comandante Sidney?

AYUDANTE. No, milord.

GOBERNADOR. Que se le prevenga al punto que llegue de que necesito hablarle. *(El ayudante saluda y se vá.)*

MONREAL. Su ausencia no me estraña: toda fiesta donde no halle á Mindha le parecerá insoportable.

GOBERNADOR. Lo siento por él, porque estoy decidido á que pa-

se una mala noche aparentando una alegría de que no participará su corazón. Es ridículo, y así se lo diré, dar á los indios la satisfacción de mostrar un pesar en el rostro, y con mayor razón si ellos le han ocasionado.

MONREAL. Eso es lo que yo le he dicho cien veces.

GOBERNADOR. ¿Y qué contesta?

MONREAL. Conviene en que tengo razón, en que hace mal, en todo menos en desistir de ese amor loco é infundado. Por mi honor que no creí jamás que se pudiera llevar la pasión á ese extremo. Y si al fin tuviera esperanzas... pero, ¿quién se atreve á esperar que Penjab, el opulento príncipe, el fanático rajah de Uda conceda la mano de su hija á un europeo? ¡Oh! y júroos que la muchacha es un tesoro. Jamás he visto cosa que se la parezca ni por asomo. Tiene todos los encantos unidos á una regularidad de facciones y color que parece europea, y no falta quien afirmarme que no ha visto la luz en la India: pero Jorge no debía haberla pedido y se ahorraría un desaire que estoy seguro nos vá á dar que hacer. Bien le aconsejé que no fuera á Uda; parecía que un presentimiento...

GOBERNADOR. Ese paso llevaba doble objeto, doctor. Nuestra política en las Indias es estender la dominación inglesa pacíficamente y por medios amistosos, mientras sea posible, sin economizar gastos ni sacrificios; pero estorbaba al progreso de nuestra preponderancia la influencia del rajah por su vasto dominio, inteligencia é instrucción: por consiguiente, el mas perjudicial en caso de hostilidad era Penjab. Hasta ahora ha demostrado una fidelidad intachable, y tal amor, tal afecto á la dominación europea, que hasta llegué á sospechar.

MONREAL. Y os aconsejo que continueis desconfiando, milord. En este engañoso país, bajo las aguas mas mansas y transparentes, habitan los cocodrilos, y en las mas delicadas flores se alberga la terrible serpiente hilo, cuya mordedura ocasiona la muerte en pocos segundos.

GOBERNADOR. El ardiente amor de Jorge por la hija de Penjab y sus instancias para que la pidiera en matrimonio convenian á mi designio de aquilatar la buena fé del rajah, pues que perteneciendo á una familia distinguida, poseyendo inmensas riquezas, si el príncipe se mostraba favorable á mi solicitud, era una completa garantía de su amistad, y con su apoyo bien podia contarme inespugnable.

MONREAL. Pero ya veis... hace un mes que le escribisteis, y su silencio...

GOBERNADOR. Manifiesta claramente que no acoge la petición, y que por consiguiente debo estar alerta.

MONREAL. No os descuideis, milord.

GOBERNADOR. Lo siento, no solo por tan continua vigilancia, sino porque, á pesar del secreto con que se dan pasos de tal consideración, siempre llegan á saberse, y este desaire á mí... por un salvaje... ¡Voto á tal! Pero no daré á esos orgullosos magnates la satisfacción de regocijarse con mis disgustos. Por eso inauguró el Carnaval en la residencia con este baile, al cual he convidado á varios jefes indios, disponiendo que Sidney

fuera uno de los bastoneros, y quiero que ría, que baile, que charle y se divierta, al menos aparentemente, y de ese modo humillaremos el orgullo del rajah.

MONREAL. Sois hábil en extremo, milord, y... ¿quién sabe? A veces lo que no consigue el ruego, se concede á la indiferencia.

GOBERNADOR. Pero la impaciencia me consume y mi sobrino tarda.

MONREAL. (*Mirando al jardín.*) Aquí le teneis.

ESCENA II.

DICHOS, SIDNEY.

MONREAL. Acabaras de llegar. Tu tío estaba desesperado.

GOBERNADOR. ¿Te han entregado el lazo?

SIDNEY. Y le traigo puesto por obedeceros, tío mio.

GOBERNADOR. ¡Bravo! No olvideis, señor sobrino, que esta noche al menos hago de vuestra alegría un punto de honra, de dignidad, de amor propio nacional... Ya sabes la causa.

SIDNEY. No lo esperéis.

GOBERNADOR. ¡Voto á...! Concluirás por desesperarme. ¿Qué ocurre? (*Al ayudante que se presenta.*)

AYUDANTE. ¡Los carruajes de los señores cónsules!

GOBERNADOR. ¡Los señores de la comision! (*Varios oficiales con lazos se acercan al gobernador.*) Seguidme; cada cual á su puesto, y no olvideis que es la Inglaterra de las Indias quien recibe. (*Se van por los jardines y á poco atraviesan con tres cónsules.*)

ESCENA III.

MONREAL, SIDNEY.

(*Sidney se deja caer en una silla meditabundo. Monreal le contempla un momento, al cabo del cual empieza á hablar.*)

MONREAL. ¿Te estás empezando á disfrazar de niebla inglesa? ¡Demonio! se constipa uno solo con verte. Vamos, Jorge. Soy tu médico y tu hermano de leche, con lo cual quiero demostrarte que uno la ciencia al cariño para aconsejarte. Sé razonable. Si de esa suerte continuas, vas á proporcionarte una enfermedad... ó por mejor decir, nos la vas á proporcionar á todos... Veamos... (*Pulsándole.*) ¿No lo dije? Tienes el pulso destemplado... ¡Qué diablo! Lo que no tiene remedio se olvida. Pero ¡no me escuchas, Jorge! (*Moviéndole. Jorge se levanta sobresaltado.*)

SIDNEY. ¿Eh?... ¡Ah!... ¿Eres tú?

MONREAL. Yo, sí; yo que como amigo y médico te ordeno tomar inmediatamente una mistura de champaña y ponche, la cual te obligará á polkar con las portuguesas, á valsar con las españolas, y á galopar con las francesas. Despues... sigo recetando como médico... despues las propondrás un rapto general, que varias aceptarán, y... ¿quién sabe si entre ellas podrá aceptar alguna cuyo marido juzgue pesada la broma? A pesar de

todo, mejor quiero verte enredado en tres ó cuatro duelos que cen tu india en el pensamiento.

SIDNEY. Te agradezco la intencion, Monreal, pero...

MONREAL. ¿Qué?

SIDNEY. El mayor favor que puedes hacerme es divertirme por los dos y dejarme á solas con mi dolor. (*Se sienta.*)

MONREAL. Me harás desesperar. Pero yo no cejo, y ya que solo no puedo sacarte de ese estado, buscaré auxiliares, y veremos de quién es la victoria. (*Váse por la puerta izquierda del actor.*)

ESCENA IV.

SIDNEY. MURRAY.

(*Sidney vuelve á quedarse ensimismado. Un criado sale precediendo á Murray, por el jardin, y despues de señalarle á Sidney, se retira. Murray se adelanta contemplandole compasivamente y le toca en el hombro. Sidney levanta la cabeza y le besa la mano con respeto.*)

MURRAY. ¡Jorge!

SIDNEY. ¡Vos, Murray! ¡Vos aqui!

MURRAY. Si; ya sé que este no es mi puesto... pero calculé que la alegría que te rodeaba aumentaria tu dolor...

SIDNEY. Y vinisteis á consolarme. ¡Gracias, padre mio! Dios os bendiga. ¿Sabeis el pensamiento que rodaba por mi mente cuando habeis llegado?

MURRAY. No alcanzo...

SIDNEY. Pensaba que es tan intenso mi sufrimiento, que si Murray, el santo sacerdote á quien mi buena madre me recomendó desde mi cuna, no me hubiese inculcado el principio de que la muerte no nos aniquila por completo...

MURRAY. ¡Cielo santo! Jorge, hijo mio, es imposible que hayas abrigado tal pensamiento.

SIDNEY. Aun le abrigo, padre mio. Decidme; el suicidio ¿no es la libertad completa?

MURRAY. ¡El suicidio, la libertad! El suicidio es la mas insigne cobardia. ¿Puede el hombre disponer de lo que no puede dar? No. Y si no posee poder bastante para indemnizar á la sociedad el individuo de que la priva ¿quién le autoriza á robar... si, a robarla una existencia? ¿Pensas que el valor consiste en desafiar la muerte en las batallas, ó en colocarse delante de un espejo, con lo que llaman serenidad para dirigir bien la punteria de una pistola? ¡Error, gravísimo error! El que en el revuelto mar de la vida pasa sus años combatido por esas temedadas tempestades que le esponen á zozobrar á cada instante, el que siente estallar fibra por fibra á impulsos de repetidos dolores, el que ve morir sus ilusiones una á una marchitas por el ardiente viento de la adversidad, y lucha, y se revuelve, y se sostiene como el imponente peñasco en que revientan las airadas olas del mar, es el único que adquiere el lauro concedido al valor. Ese es un valiente porque es un mártir. Ese tiene el derecho de presentarse al supremo juez con sus faltas en una mano y sus lágrimas en otra. Ese puede esclamar al exha-

lar su postrer suspiro. «Muero digno de mi Criador y del nombre que mis padres me legaron.» Jorge, Jorge: si es cierto que tal pensamiento has abrigado, tu santa madre debellorar amargamente en este momento á los piés del Eterno implorando tu perdon.

SIDNEY. ¡Ahl Perdonadme, padre mio.

MURRAY. ¿Tanto amas á esa mujer que olvidas el cariño que todos te profesamos?

SIDNEY. Tanto, que no puedo explicaros el atroz sufrimiento que desgarrá mi corazon.

MURRAY. ¿Has perdido totalmente la esperanza?

SIDNEY. Asi lo considero. Ese obstinado silencio del principe á mi petición, ¿no es una negativa terminante?

MURRAY. No.

SIDNEY. ¡Ahl! ¡Si aun pudiera esperar!

MURRAY. Nada lo impide; tranquilízate, vuelve en tí... Viene gente; no te muestres débil y abatido.

ESCENA V.

DICHOS. MONREAL. MISS ENRIQUETA.

ENRIQUETA. ¡Atormentarse por una india!... ¡Es imposible! Doctor, os burlais.

MONREAL. Vedle. Hasta el reverendo Murray está consternado. Pero vos que sois su prima y poseeis uno de los mas hechiceros rostros de nuestras colonias, no debeis tolerarlo; y si fuese preciso, formariamos un complot con todas esas lindas damas que circulan por los salones para arrancarle de esa abominable esclavitud. ¡Oh! es un asunto de coquetería nacional.

ENRIQUETA. Bien pensado. Venimos á reforzaros, Sr. Murray.

MURRAY. ¡Compadeceos de él, señora! Observad su dolor.

ENRIQUETA. Primo, soy portadora de un mensaje. Sabed que os hallais comprometido con madama de Blang y para tres vales, con Inés para dos mazurcas, y conmigo para lanceros y polka.

MONREAL. Te pescaron, Jorge. De esta no te escapas. (*Váse riendo por la puerta izquierda.*)

SIDNEY. Os doy mil gracias, prima, por vuestra bondad, y hasta agradezco la indiscrecion de Monreal, porque se la dictó el cariño que me profesa... pero os suplico que me dispenseis. Soy una triste pareja... Mil jóvenes solicitarán con ansia vuestro favor; mil que os adoran y os buscan... mientras que yo os temo y os huyo.

ENRIQUETA. No se os negará al menos la cualidad de franco, aunque algo brusco... Está bien... no os molestaremos; y para que nada os incomode ni os turbe, quedais relevado tambien de vuestro cargo... (*Le quita el lazo.*) Ahora podeis entregaros con toda libertad á pensar en... en... ¿cómo se llama?

SIDNEY. Mindha.

ENRIQUETA. ¿Ojos?

SIDNEY. De águila.

ENRIQUETA. ¿Boca?

SIDNEY. Pequeña y altiva.

ENRIQUETA. ¿Manos?

SIDNEY. Hechiceras.

ENRIQUETA. ¿Piés?

SIDNEY. Diminutos.

ENRIQUETA. ¿Voz?

SIDNEY. Suave y vibrante.

ENRIQUETA. ¿Talle?

SIDNEY. Esbelto.

ENRIQUETA. ¿Continente?

SIDNEY. Noble y majestuoso.

ENRIQUETA. ¿Total?

SIDNEY. Adorable.

ENRIQUETA. Y adorada.

SIDNEY. Sí, adorada.

ENRIQUETA. ¿Y... la señorita Mindha corresponde á tan ardiente pasion?

SIDNEY. Jamás me he atrevido á preguntárselo.

ENRIQUETA. Eso no se pregunta, primo... se vé, se comprende.

SIDNEY. Ni veo ni oigo nada á su lado.

ENRIQUETA. De suerte que vuestro amor es ciego, sordo y mudo... una chispa eléctrica... Y... ¿cuándo es la boda, primo?

SIDNEY. Nunca.

ENRIQUETA. Y... ¿pensais continuar amando á pesar de ese... nunca?...

SIDNEY. Sí.

ENRIQUETA. Pues, primo, esa ya no es pasion, es hechizo. Señor Murray, ¿no seria conveniente exorcizarle?

MURRAY. Juzgo, señora, que convendria mas compadecerle. (*Con bondad.*)

SIDNEY. Dejadla, padre mio: sus burlas no me ofenden... al contrario, me dan nuevo brio.

ENRIQUETA. ¡Bravo! Es un desafio. Pues, primo, os declaro francamente en nombre de todas esas señoritas, que es soberanamente torpe que un hombre como vos, dotado de talento, criterio y buen gusto, se ciegue y obceque hasta el extremo de preferir á tantas y tan bellas europeas una india. Lo dicho; denunciaré este delito de lesa galanteria al doctor como una locura y al reverendo Murray como una inmoralidad.

MURRAY. Señora, no le atormentéis.

ENRIQUETA. Jorge conoce que si mi carácter es burlon, le quiero como una hermana. Ahora, señor primo, ¿teneis la bondad de referirme la historia de vuestra... indisposicion?

SIDNEY. (*Con animacion.*) Al momento, Enriqueta. Precisamente eso me proporciona ocasion de hablar de ella.

ENRIQUETA. Os escucho.

SIDNEY. Dos meses ha que el gobernador mi tio me confió una mision para el rajah Penjab, en la provincia de Uda. El príncipe habitaba en la montaña, y tan cordial acogida me dispensó, mostróse tan obsequioso conmigo, que hube de aceptar la hospitalidad que me ofreció durante un mes. Presentóme á su hija Mindha... os he dicho que era un acabado modelo de be-

lleza; mas lo que encendió en mi corazon la pasion que le devora fué su alma, estraño conjunto de fiereza y debilidad, llama esplendente y poderosa que subyuga é inflama. * Ella me reveló la salvaje grandeza de este país privilegiado, del cual no se conocen mas que vulgaridades; ella me condujo á esas selvas virgenes, sombrías como la noche, antiguas como el mundo; ella atravesó á mi lado sobre su indómito corcel rios caudalosos, vertiginosos torrentes, barrancos aterradores; ella me guió al través de las imponentes ruinas de las pagodas en donde oraban sus antepasados, y trepó asida de mi mano á las empinadas crestas desde las cuales la tierra se perdía á nuestra vista, á esos peñascos gigantes cuyo horizonte es la inmensidad, á esos escarpados riscos donde nos envolvian las densas nubes... y por grandes que ante mi vista apareciesen tales espectáculos... al mostrármelos siempre hallaba palabras para engrandecerlos mas... Yo la he visto en esas cacerías terribles, pálida, pero tranquila, esperar y tender á sus piés con sin igual acierto de un solo tiro tigres y panteras que me helaban de espanto con sus desmesurados saltos y sus formidables aullidos; yo he visto vibrar su alma en cantos improvisados que humillarían y arrebatarian á nuestros mas inspirados poetas... y si ante el peligro su rostro revelaba la fiereza y sus ojos lanzaban relámpagos, en los cantos de amor su mirada suavísima y su semblante angelical me envolvian en una atmósfera de pasion que me arrancaba acentos enamorados. En el peligro se admira á la heroína; en el amor se adora á la vaporosa hada... ¡Oh! Cuando de tal modo se la ha contemplado, cuando su dulcísimo acento ha penetrado hasta lo mas recóndito del alma, la emocion que inspira es como un bautismo de fuego... ¡es una llama devoradora! * En aquel corazon no caben medianías... el amor, el odio, la abnegacion, la venganza, ¡todo es grande, indeleble, inmenso, infinito! ¡Feliz mil veces el mortal que posea tal tesoro! ¡Dios mío! ¡Por qué me inspirasteis esa pasion que me asesina si no he de verla realizada? (*Cae en la silla llorando. Murray va á abrazarle.*)

MURRAY. Aun quedan corazones que te amen, Jorge; ellos te consolarán.

ENRIQUETA. (*Como subyugada por la narracion de Sidney.*) Observo, en efecto, primo, que la amais con toda el alma: y á la verdad no lo estraño, pues dotado de una imaginacion novelesca, la ha exaltado el aspecto de esa atrevida criatura que arrostra el impetu de los torrentes, trepa á las ásperas montañas, y afronta impávida la acometida de las fieras. Perdonadme mis anteriores chanzas, dictadas solo por el fraternal cariño que os profeso, y ved desde ahora en mi una hermana pronta á consolaros y á participar de vuestras penas.

MURRAY. ¡Ah! le habeis comprendido al fin.

SIDNEY. Gracias, Enriqueta.

ENRIQUETA. Pero no veo hasta el dia causa para que perdais la esperanza.

SIDNEY. ¡La esperanzal Ahora que hablamos seriamente, prima, debo confesaros que á despecho de mi pensamiento la veo bri-

llar ante mis cansados ojos como una temblorosa estrella que se obstina en no ocultarse.

ENRIQUETA. Pues bien; no os desconsoléis.

ESCENA VI.

DICHOS. MONREAL.

MONREAL. Señores, señores, es un dolor que permanezcáis en este sitio cuando acaban de presentarse en el salón todas las bayaderas del Indostan, que romperán el baile con una de esas danzas indias que le trasportan á uno al quinto cielo. Venid: en este momento presentan los salones el golpe de vista mas sorprendente y fantástico que puede imaginarse. Los caprichosos y elegantes disfraces, el perfume de las flores, la multitud de luces cuyo resplandor se refleja multiplicándose en el oro, cristal y pedrería, la hermosura de las damas, la animación de los caballeros, los acordes de la orquesta, todo ello forma un conjunto que fascina, que aturde y desvanece. (*Mirando al jardín.*) ¡Ojalá Si el príncipe Penjab se obstina en guardar un silencio desdeñoso, al menos no impide á sus amigos que vengan á prestar su homenaje á la Inglaterra. Jorge, ahí tienes á sus dos confidentes predilectos, los rajahs Selim y Salem.

SIDNEY. ¡Ellos aquí! Su presencia me parece de feliz augurio.

MONREAL. Puedes salir de dudas interrogándoles. Aquí están.

ESCENA VII.

DICHOS. SELIM, SALEM.

SIDNEY. (*Adelantándose á recibirlos.*) Es un honor, príncipes, vuestra presencia en este palacio, que agradecemos sobremanera.

SALEM. Gratitud por tus palabras, sir Jorge Sidney, vivirán siempre en nuestra memoria.

SIDNEY. Deseo que la felicidad habite en la mansión del rajah Penjab.

SALEM. En su nombre lo agradecemos. Su hija, su salud y sus riquezas siguen favorecidas por la prosperidad.

SIDNEY. ¿Ha mucho que os separasteis de él?

SELIM. Ocho días.

SIDNEY. Dícese que sois sus antiguos amigos.

SELIM. Así es.

SIDNEY. (¡Ah!) ¿Nada os ha revelado el príncipe todavía?

SALEM. Sobre qué?

SIDNEY. ¿Ni os ha pedido parecer?

SALEM. Ninguno.

SIDNEY. (Lo ignoran ó lo niegan. No importa.) ¿Me permitireis, señores, que os dirija algunas preguntas acerca de las costumbres de la India? Hace poco tiempo que la habito, y vuestra sabiduría y experiencia pueden ilustrarme.

SELIM. Habla.

SIDNEY. ¿Qué costumbre se observa respecto al matrimonio de una india con un europeo?

SELIM. Eso depende de la calidad del padre de la novia. Si tal petición se dirigiera... por ejemplo... (con intención) al rajah Penjab, cuya hija es Mindha...

SIDNEY. Si... supongamos la calidad de Penjab.

SELIM. Solo podremos contestarte una palabra, intérprete fiel del pensamiento. El rajah Penjab, de la casta bramina y sacerdote de Brahma, Vichnú y Siva, aunque fiel aliado de la Inglaterra, preferiría que su alma pasara al cuerpo de un pária á conceder la mano de su hija á un europeo.

SIDNEY. ¿Esa es vuestra opinion?

SALEM. No puede existir alianza carnal entre el indio, fiel á Brahma, y el extranjero que le desconoce. Penjab es buen creyente, y si tal demanda recibiera de un europeo, aunque fuese el hijo de un rey, con su silencio le indicaría que no se apartaba de la ley.

SIDNEY. (¡La ley!) Os agradezco vuestras esplicaciones. Por lo demás, ya comprendereis que solo he mencionado al rajah como suposición, pues no dudo que Mindha estará ya prometida á algun príncipe...

SALEM. Con quien se unirá en breve.

SIDNEY. ¿Cómo?

SELIM. La bella Mindha está prometida y será pronto la esposa...

SIDNEY. ¿De quién?

SELIM. De Segor, uno de los mas opulentos príncipes del territorio de Bengala.

SIDNEY. Y... ¿cuándo?

SELIM. De aqui á tres dias.

SIDNEY. (¡Cielos!) Gracias, señores, otra vez por vuestras noticias. Pasad á los salones. (Acompañaes y vuelve al lado del sacerdote.)

ESCENA VIII.

DICHOS, menos SALEM y SELIM.

SIDNEY. ¿Lo oisteis, padre mio? ¡Perdida, perdida para siempre!

MURRAY. ¡Valor, Jorge!

MONREAL. No te desesperes, ¡qué diablo! Buscaremos por toda la India, y hemos de ser muy desgraciados si no hallamos otra que valga tanto como la hija de ese orgulloso salvaje. Además, todavía no está casada, y...

SIDNEY. No, no hay esperanza. ¡Perdida, Dios santo!

ENRIQUETA. ¡Pobre primo! Y él que aun confiaba... (Aparece en la puerta izquierda un lacayo de gran librea.)

LACAYO. El señor gobernador avisa que el baile va á empezar.

ESCENA IX.

DICHOS, el GOBERNADOR, oficiales ingleses, máscaras, los cónsules portugueses, francés y holandés, SELIM, SALEM, bayaderas y músicos indios.

GOBERNADOR. Aquí, señores, aquí; los bailes indios se oscurecen

en los salones; al aire libre parece que adquieren mayor brillo. Buenas noches, reverendo Murray; os suplico que seais un poco indulgente con esas pobres bayaderas, que no se hallan á la altura de nuestra civilizaci3n para encerrarse en los limites que ella prescribe. Perfectamente. Ved lo que os decia: al contemplar el cielo, al sentir la brisa del campo y los perfumes de las flores, nuestras bailarinas sienten hervir su sangre como el noble corcel de batalla cuando oye el áspero sonido del clarin. La bayadera india es una flor campestre que puede vivir en las mas agrestes montañas, pero se marchita en los invernáculos. (*Baile. Al terminar el baile se oyen trompetas lejanas. Sidney aplica el oido y pregunta vivamente á Monreal. El Gobernador desaparece.*)

SIDNEY. Monreal... ¿no oyes trompetas á lo lejos?

MONREAL. Todo el día las estoy oyendo. (*Repítase el sonido de las trompetas y se oye distintamente y mas cercana una tocata de caza que se va acercando.*)

SIDNEY. No, no; estas son las del rajah de Uda. Esa tocata de caza era la predilecta de Mindha cuando regresaba á su palacio.

GOBERNADOR. (*Entrando.*) Señores, ¡qué sorpresa!

TODOS. ¿Qué ocurre?

GOBERNADOR. Una gran noticia. En este momento llega el príncipe Penjab.

SIDNEY. ¡El príncipe!

ESCENA X.

DICHOS, PENJAB y MINDHA vistiendo riquísimos trajes y conducidos en suntuosos palanquines por cuatro esclavos cada uno. Otros cuatro los cubren con grandes abanicos de pluma. Los preceden seis soldados indios y dos bramines, y les siguen otros dos bramines, ocho esclavos, músicos, SEGOR en su palanquin, lujosamente vestido y acompañado, KISNA, TIMOR y otro peloton de soldados. Todo el séquito se queda en el jardín, y el gobernador, adelantándose á recibirlos, entra en la escena con Penjab, Mindha y Segor, quedándose un tanto retirados Kisna y Timor, que trae debajo del brazo un riquísimo libro guarnecido de oro y pedrería. Kisna viste de profetisa de Siva.

GOBERNADOR. Me felicito, príncipe, y estimo el alto honor que me dispensais.

SIDNEY. ¡Ella!

PENJAB. Milord, me dijeron que al baile que dabas esta noche acudirían los enviados de las potencias europeas.

GOBERNADOR. Todos están y vuestra presencia corona la reunion, porque para todos representais cumplida y magníficamente la India, vuestra patria.

PENJAB. Milord, ¿te dignarás presentarme los representantes europeos?

GOBERNADOR. Al punto. (*Presentando los cónsules.*) Don Sebastian Torija, cónsul portugués: (*Saludos reciprocos.*)

PENJAB. Estás acertado, milord, en comenzar por Portugal. Se te debe de justicia la preferencia. (*Al cónsul.*) Dos compatriotas tuyos, Bartolomé Diaz y Vasco de Gama, abrieron el camino de las Indias.

GOBERNADOR. Van Noel... holandés.

PENJAB. Las primeras naves que surcaron nuestros mares despues de las portuguesas, fueron las holandesas.

GOBERNADOR. El señor conde de Montbrun, francés.

PENJAB. La historia del siglo pasado revela el engrandecimiento de tu patria en nuestro país. Dupleix y Bussy fueron valientes é ilustres franceses. Y despues de ellos viene la Inglaterra, omnipotente en la actualidad. (*Al gobernador.*)

GOBERNADOR. ¿Os pesa, príncipe?

PENJAB. No; y la prueba es que somos sus amigos. ¿Dónde está tu sobriño el comandante Jorge Sidney? (*El gobernador va á Jorge.*)

SEGOR. (*Bajo á Mindha.*) Mindha, ¿recuerdas tus juramentos?

MINDHA. (*Idem.*) No los olvido, Segor.

GOBERNADOR. Acércate, Jorge.

PENJAB. (*Estrechándole la mano.*) Salud, amigo Sidney.

SIDNEY. Príncipe...

PENJAB. Permanece á mi lado.

SALEM. (*Bajo á Selim.*) Selim, ¿qué medita Penjab?

SELIM. (*Idem.*) No lo adivino.

MONREAL. (*Bajo á Enriqueta.*) ¿Por qué retendrá el rajah á Jorge?

ENRIQUETA. (*Idem.*) Ahora lo sabremos.

PENJAB. Para el paso que voy á dar necesitaba hallar reunida toda la grandeza europea. La casualidad ha colmado mis deseos. Milord gobernador, acabas de confesar que todos me reconocen por representante digno de las Indias, porque á mi ilustre estirpe y fabulosas riquezas reuno una alma fiel á mis dioses, leyes y amistades, y un corazon sincero en mis pactos y alianzas.

GOBERNADOR. Así lo dije y lo repito.

PENJAB. Me haces justicia, y acepto la representacion de mi país para hablar en su nombre. Muchos han llamado á la India enemiga capital de la Europa, pero la han juzgado mal. La India solo es enemiga de la tiranía, de la exaccion, del yugo opresor y despótico, porque es sincera, porque cuando ama ó aborrece manifiesta sus sentimientos claramente y á veces hasta con exageracion; pero la India ama á sus amigos, cumple sus pactos con los aliados y fraterniza con los que no la oprimen. En sus comarcas fecundas y hospitalarias hay sitio para albergar al extranjero como al natural, y Vichnú, dios del bien, cuyo sacerdote me envanezco de ser, tiene una mirada igualmente favorable para el indio que para el europeo.

SELIM. (*Bajo á Salem.*) ¿Qué está diciendo?

SALEM. (*Id.*) No comprendo su objeto.

SEGOR. (*Bajo á Mindha.*) Mindha, recuerda tus juramentos.

MINDHA. (*Id.*) No los olvido, Segor.

PENJAB. Por eso declaro solemnemente santa y durable la amistad entre el indio y el europeo, y juro en presencia de la asam-

blea aquí reunida, (A una señal suya se ha acercado Timor presentándole el libro, sobre el cual extiende la mano.) y sobre los versículos sagrados de nuestros libros santos...

SELIM. (Adelantándose é interrumpiéndole.) Un momento. ¿Sabes, Penjab, que las condiciones con que vas á prestar ese juramento le hacen ser el mas terrible que pueda prestar un bramin?

PENJAB. Lo sé.

SELIM. En ese caso reflexiona bien lo que vas á jurar.

PENJAB. (Terminando.) Juro alianza inmutable, perpétua amistad entre la India y la Europa.

SELIM. } ¡Rajahl!
SALEM. }

PENJAB. (Mirándoles.) Y Mindha, mi amada hija, lo jura asimismo.

MINDHA. Sí, lo juro. (Colocando la mano en el libro.)

PENJAB. Ya lo habeis oido. Este juramento es el mas terrible que puede prestar un bramin: el perjuro que se atreve á violarle incurre en la maldicion de sus compatriotas, y su alma, despues de muerto, ocupa el cuerpo de un pária, del hombre abyecto, maldito, desheredado, sin familia, sin abrigo ni condicion social. Aun no he concluido. Quiero sellar este juramento con mi sangre. Milord gobernador, has solicitado la mano de mi hija para tu sobrino el comandante Jorge Sidney.

GOBERNADOR. Es cierto, príncipe.

PENJAB. Mindha, ese es tu esposo.

SIDNEY. ¡Cielos!

SELIM. } ¡Horror!
SALEM. }

SEGOR. Mindha, ¿qué haces?

MINDHA. Obedezco á mi padre.

SEGOR. ¡Rajahl! retira tu palabra. Ya sabes que soy príncipe; mis ascendientes han sido emperadores de las Indias, y el origen de mi familia data del sol... desciendo de un dios, cuento tantos pueblos y vasallos como tú, y mis riquezas son tan cuantiosas como las tuyas. Mindha es mi amor, mi aliento, el alma de mi vida, mi sola felicidad... ella me ama y se sacrifica por obedecerte... ¿quieres mis minas de Golconda, mis riquezas, mis estados, mi dignidad? Todo te lo entrego, pero no me la arrebatas; no la sacrificas, no nos hagas maldecir este momento, no nos asesines separándonos.

SIDNEY. (¡Le ama!)

SEGOR. ¿Quieres mi vida? Yo te la entrego gustoso dentro de dos años si me los dejas pasar á su lado... ¡Callas!... ¡Tu silencio es horrible!... Permítela al menos que elija y nombre al que prefiera.

PENJAB. Mindha, ya lo oyes. Te otorgo entera libertad. ¿A quién escoges?

MINDHA. Entrego libremente mi mano á sir Jorge Sidney.

SIDNEY. ¡A mí!... (Arrebatado. Monreal le estrecha la mano. Enriqueta le felicita. Murray le abraza.)

SEGOR. ¡Mindhal! ¡Mindhal!... ¡Horrible engaño!... ¡Ah!... ¡La

muerte! ¡Dejadme!... ¡Quiero morir! (*Se precipita fuera de la escena seguido de Kisna y Timor que han tratado de apaciguarle.*)

SALEM. Un pária, el hombre abyecto, maldito en cuerpo y alma, sin nombre, casa ni condicion social, no hubiera hecho lo que tú acabas de hacer... Tu juramento es infame, y esa union impia... Rajah, desde este momento quedas reducido á la última clase de la sociedad; desde este momento nos apartamos de tu amistad, borramos tu nombre de la casta bramina, te escluimos del templo y te maldecimos. ¡Maldito seas!

SELIM.

INDIOS DE
SU CLASE. }

¡Maldito seas! (*Vánse rápidamente. Penjab altivo, eruido y cruzado de brazos les contempla con desdeñosa sonrisa.*)

ESCENA XI.

DICHOS, menos SEGOR, KISNA, TIMOR, SALEM y SELIM.

GOBERNADOR. ¡Tal ultraje!

PENJAB. Dejad ladrar á esos perros miserables que solo se muestran audaces cuando están seguros, y se esconden ante el peligro como cobardes antilopes. ¡Cólera impotente! Olvidemos sus necias amenazas entre las risas del festin. Mi objeto era probaros á todos mi sincera adhesion á la Europa, y no vacilo en los medios. ¿Creeis ahora que el rajah Penjab es vuestro mas fiel amigo, vuestro mejor aliado?

TODOS. Sí, sí.

PENJAB. ¿Estais satisfechos de mi conducta?

TODOS. Sí.

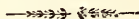
PENJAB. ¿Teneis ya confianza en mi?

TODOS. Sí.

PENJAB. Eso me basta. Vamos. (*Bajo á Mindha al darle la mano.*)
¡Green y confian en nosotros! ¡Ya son nuestros! (*Se dirigen seguidos de todos á la puerta izquierda. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.



Profunda caverna abierta en la roca, cuya perspectiva se pierde en la oscuridad. Quebradas capaces de ocultar una persona, y aberturas laterales que conducen á otros caminos subterráneos. En el fondo y sobre una plataforma de roca, á la cual se sube por tres toscas gradas, la gigantesca y monstruosa estatua de Siva, rodeada de pequeños y disformes ídolos. Una grada mas abajo y á los lados de la estatua dos tripodes que alumbran escasamente la escena con su luz. Osamentas y cráneos humanos esparcidos por las paredes formando trofeos y dibujos grotescos.

ESCENA PRIMERA.

KISNA, *de profetisa, invocando á la estatua.*—*Despues* PENJAB.

KISNA. Siva, dios del mal... tú que proteges á cuantos se esfuerzan por complacerte... protégeme... Te consagro este puñal.
(Deposita un puñal entre los dos tripodes.)

PENJAB. ¿Kisna?

KISNA. ¿Gran jefe?

PENJAB. ¿Estamos solos?

KISNA. Sí.

PENJAB. ¿Esperas á alguien?

KISNA. Al príncipe Segor; pero aun tardará.

PENJAB. Muy bien. Tendremos tiempo. Oyeme y permite que te recuerde un acontecimiento antiguo que, aunque no desconocido para ti por haberte hallado en él, es sin embargo necesario para el objeto á que debemos venir á parar.

KISNA. Habla.

PENJAB. Diez y seis años hace que nos hallábamos en el cabo tenebroso. ¿Recuerdas á qué íbamos á aquel sitio acompañados de mis fieles thugs?

KISNA. Sí, gran jefe. Ibas allí para dar cumplimiento á una pro-

fecia hallada en los Vedas por la iniciada Kisna, concebida en estos términos: «Durante un siglo padecerán los indios la opresion extranjera. Entre el primero y el último cuarto de la luna del mes de las tempestades, Siva, dios del mal, levantará una horrible borrasca en el cabo tenebroso, que producirá infinitos naufragios. Que el indio resuelto á romper las cadenas que oprimen á su patria estrangule sin piedad á cuantos europeos se le presenten, excepto á la última persona, que me consagrará y educará en mi culto, para que mas tarde sea el instrumento de la libertad de las Indias.»

PENJAB. Así es en efecto. Diez años hacia que concurríamos allí sin resultado, y cuando espiraba el término fijado en el último, cuando en mi corazon penetraba el desaliento al contemplar la pureza del cielo y la tranquilidad del mar...

KISNA. Despareció la luna, sombrías y densas nubes que se estendian rápidamente velaron bajo su negro manto las resplandecientes estrellas, sopló el viento de muerte, agitóse el mar y rugió como el leon herido, rodó el trueno, cruzó el espacio el azulado fulgor del relámpago, y la tempestad se desencadenó en todo su horrendo esplendor; mi sér se estremeció de gozo anunciándome las próximas catástrofes, retumbó un cañonazo de socorro, signo de la agonía de una nave cercana á hundirse en las entrañas del abismo, á la luz del fuego celeste divisamos su pabellon europeo, y apresurándonos á prestar auxilio á los náufragos, logramos arrebatarnos al furor de las irritadas ondas para ofrecerles como victimas á Siva.

PENJAB. Si, si, aun recuerdo palpitando de placer aquella escena de destruccion. Besaban la tierra los europeos embriagados de alegría, nos estrechaban las manos, nos abrazaban llorando de júbilo y gratitud, cantaban, reian, saltaban, se prodigaban tiernos ósculos, invocaban á su Dios mientras mis fieles thugs abundaban la fosa que habia de encerrar sus cadáveres. Aun recuerdo con gozo la horrible consternacion que se pintó en aquellos alegres semblantes al ver como iban pereciendo sus compañeros. Aun suena en mis oidos como una música celestial el grito desgarrador que hendió los aires al observar que la muerte les rodeaba. «¡Los estranguladores de la India!» esclamaron aterrados; y llorando como mujeres imploraban á nuestras plantas piedad y compasion.

KISNA. Penjab es un gran jefe y digno sacerdote de Siva.

PENJAB. Ochenta y cuatro cayeron ahogados por los lazos de mis súbditos... Entre ellos habia uno... el capitan del buque... ¿recuerdas, Kisna? se abrazaba á su esposa, lloraba, gritaba, maldecía su suerte por no poseer armas con que defenderse, nos ofrecia riquezas por su vida como si el aspecto de un tesoro pudiera deslumbrarnos, nos pintaba su humanidad y afecto para con nuestros compatriotas, y yo, impasible, le contemplaba dejándole exhalar su dolor en lamentos, porque cuanto mas dolorosa sea la muerte á una victima, mas grato es á Siva su sacrificio.

KISNA. Tal es su ley.

PENJAB. Ambos murieron... eran las dos postreras victimas, pero

abrazada á la esposa del capitán observaste una niña apenas de dos años...

KISNA. Era la última criatura europea, y te la presenté cumpliendo la orden del dios...

PENJAB. Yo entonces comprendí el pensamiento de Siva, y te entregué la niña para que se la consagraras y la educaras en su ley...

KISNA. Así es.

PENJAB. Me ofreciste que quedaria contento.

KISNA. Ciertamente.

PENJAB. ¿Lo has conseguido?

KISNA. Tu pregunta revela que no estás satisfecho y tienes sobrada razón. Esa niña habia nacido para el bien, y son incalculables los esfuerzos que he empleado para secar su corazón y enseñarla las sombrías sendas del mal... Sin embargo, yo estoy á su lado para reprimir esos ímpetus benéficos que á veces brotan en su alma como fugaces relámpagos.

PENJAB. ¿Y crees?...

KISNA. Que aun no puedo abandonarla. Si no se nos separa, respondo de ella, porque en todo me consulta y mi sola mirada basta para que obedezca como una esclava.

PENJAB. ¿Y si fuese preciso que Mindha acompañara á su esposo á Bombay ó á Europa?

KISNA. La seguiré.

PENJAB. ¿Decias que esperabas á Segor?

KISNA. Sí.

PENJAB. ¿Vendrá?

KISNA. Sin duda.

PENJAB. ¿Se unirá á nosotros?

KISNA. Seguramente.

PENJAB. Sabes que como descendiente del sol detesta y rechaza á Siva, al cual considera como dios de la astucia, del mal, de la traición y del odio.

KISNA. No lo ignoro; pero poseo la ciencia de encaminar al mal á los corazones heridos. Segor recogerá ese puñal...

PENJAB. Si viene.

KISNA. Aquí está. (*Penjab se oculta. Segor sale y al ver á Kisna corre á ella.*)

ESCENA II.

KISNA, SEGOR.

SEGOR. ¿Kisna? ¿Eres tú quién me ha enviado estas flores de cita y esperanza? (*Mostrando un nardo y una oxiacanta.*)

KISNA. Sí, príncipe.

SEGOR. ¿De parte de Mindha?

KISNA. Sí.

SEGOR. ¡Y me envía esta siniestra mujer! ¿Qué tienes que decirme?

KISNA. Mindha te ama.

SEGOR. ¿Será cierto? ¡Ah! Perdóname, Kisna; temblé al verte,

porque te acompaña el funesto renombre de que solo te complaces en el mal, y jamás has dado una buena noticia... pero han mentido, porque en este momento has llenado mi alma de felicidad con esas tres palabras. Toma ese diamante en albricias. (*Dándola una sortija.*)

KISNA. Gracias, príncipe. Le acepto para que al verle en mi dedo me envidien y sufran.

SEGOR. Háblame de ella. Lo que ví y oí antes de ayer en el palacio del gobernador....

KISNA. Todo es mentira; Mindha te ama.

SEGOR. ¡Bendita seas! Vichnú, dios de los felices, ¡yo te doy gracias! (*Oyese un trueno.*)

KISNA. ¡Silencio! Mira delante de quién invocas á Vichnú.

SEGOR. ¡Siva!

KISNA. Siva... el enemigo del dios que acabas de nombrar... Siva, el dios de las lágrimas, de la sangre, del incendio, del odio y de las venganzas. (*Con acento sombrío.*)

SEGOR. Ese dios no es el mio. Salgamos de aquí.

KISNA. No.

SEGOR. Kisna, ¿qué extraño fuego brilla en tus ojos? Su luz me hace daño... ¡me has mentido!

KISNA. (*Con intencion.*) Ayer han cubierto los europeos la frente de Mindha con el velo y la corona de desposada....

SEGOR. (*Agitado.*) ¿Y bien?

KISNA. La han conducido al templo cristiano....

SEGOR. ¿Para qué?

KISNA. En el altar se hallaba un sacerdote que les preguntó si prometían amarse siempre....

SEGOR. Mindha dijo que no.

KISNA. Mindha y el inglés han respondido sí.

SEGOR. ¡Maldición!

KISNA. Entonces el sacerdote enlazó sus manos....

SEGOR. ¡Calla!

KISNA. Pronunció sobre ellos las palabras de union....

SEGOR. ¡Calla!

KISNA. Pasaron el día en un banquete....

SEGOR. Siva, tú eres el dios de las venganzas....

KISNA. Y cuando llegó la noche....

SEGOR. ¡No mas!

KISNA. Retiróse el europeo....

SEGOR. ¡Basta, basta! ¡Siva, tuyo soy! (*Recogiendo el puñal. Penjab sale, y colocando sobre su hombro una mano, estiende la otra hácia la estatua.*)

ESCENA III.

DICHOS, PENJAB.

PENJAB. ¡Dios de la destruccion, recibe sus votos!

SEGOR. ¡Penjab!

PENJAB. ¡Silencio! (*Señalando á la entrada.*)

SEGOR. ¿Qué gente es esa?

PENJAB. Los que vienen á maldecirme. Sigueme. (*Se ocultan detrás de la estatua los tres.*)

ESCENA IV.

DICHOS, SALEM, SELIM, BRAMINES *de todas categorías y Novicios, que se colocan en semicírculo.*

SALEM. (*Adelantándose.*) Sacerdotes é hijos de Brahma, el primero en dignidad se ha infamado... Penjab ha hecho alianza con los infieles uniendo su hija al europeo. Que su nombre sea borrado del libro sagrado, que se le arroje de la casta santa, que su casa sea demolida, y que él, su hija y toda su familia sean malditos y párias.

TODOS. ¡Sí, sí!

SALEM. Siva, te lo entregamos á ti, que te complaces en la destrucción. ¡Apodérate de él!

TODOS. ¡Sí!

SALEM. Que tus horrorosos castigos le atormenten sin cesar.

TODOS. Sí. (*Van á adelantarse á presentar oblaciones, pero Penjab aparece seguido de Segor y los contiene con amenazadora actitud.*)

PENJAB. ¡Atrás!

TODOS. ¡Penjab!

SALEM. ¡Huye de aquí, pária maldito!

PENJAB. ¡Atrás digo! Me habeis entregado á Siva: nos hallamos en su templo... Estoy en mi casa, y el dios del mal os interroga por mi boca. Sacerdotes de la India, vosotros que poseéis y reunís la nobleza, el oro y el prestigio, ¿qué habeis hecho por mí? ¿qué víctimas me habeis consagrado? ¿Con qué sacrificios habeis invocado mi protección? ¡Callais!

SALEM. Nosotros honramos á Brahma que crea, y á Vichnú que conserva.

PENJAB. ¡Los dioses de la paz y de la concordia! ¡Los dioses de los cobardes, cuando la India, vuestra patria, ha dado la señal de la rebelion y de la muerte! Sí, sí; esa señal se agita en nuestros templos desde el dia en que el primer europeo sentó su planta maldecida en las riberas indias... esa señal se agita hace mas de un siglo. El infiel que se presentó como náufrago extraviado, el infiel á quien acogisteis como huésped se ha convertido en déspota opresor... y vosotros lo habeis permitido, adoradores de la paz. ¡Oh vergüenza! si á su vez hubierais invocado á Siva, no pesaría ya sobre la India ese yugo ignominioso... no se arrastrarian cien millones de creyentes á los piés de ochocientos mil infieles... ¿Quereis libaros de tamaño baldon? Volved al culto de Siva. Aplacadle y no perecereis... exterminad cuanto lleve un nombre europeo, ó vais á hundiros completamente entre las ruinas de vuestra patria.

SALEM. Y tú que nos acusas...

PENJAB. ¡Silencio! Aun no ha llegado tu vez. Despues que os esplique mi pensamiento podreis acusarme... entre tanto yo, con-

sagrado á Siva, sacerdote del esterminio y del estrago, tengo el derecho en este templo de mandaros callar á vosotros, sacerdotes de la amistad, cobardes que huís como antilopes, miserables que sufrís el yugo como estúpidos elefantes. Diez y seis años contaba apenas, y arrebatado por el amor de la patria lamentábame con mi padre de la ominosa servidumbre que el extranjero nos imponía. Mi padre era un sabio y venerable anciano, admirado en el país por sus raras virtudes, y siempre que le preguntaba acerca de los medios de libertar á nuestra patria callaba y sonreía amargamente... sola una vez, despues de mis repetidas instancias, exclamó con sombría desesperacion: «Bienaventurados los muertos.» Pocos dias despues él se contaba en su número. Sus palabras se grabaron en mi mente con caracteres de fuego, y ansiando interpretar su verdadero sentido hallé la anhelada solucion en la historia de mi país traidoramente sorprendido é inicuamente vejado por el europeo... El dolor trastornó mi razon... pero al dolor substituyó la cólera y el ánsia de libertar á mi patria... Entonces corrí á la tumba de mi padre y con el puñal levantado, como tú, Segor, me consagré á Siva, jurando vengar á los muertos y salvar á los vivos ante los cadáveres de sesenta generaciones... Desde aquel dia han transcurrido treinta años... ¿entendeis?... treinta años de paciencia, de astucia, disimulo, silencio y perseverancia... treinta años de esfuerzos en el Nizam, en Golconda, en el Penjab, en Uda y Bengala, y el éxito ha coronado mi constancia... Veinte minas abandonadas se han convertido en otros tantos volcanes subterráneos que, henchidos de pólvora, reventarán el dia de la venganza arrebatando consigo millares de europeos... No hay gruta, no hay hendidura ni maleza que no oculten en sus entrañas armas y municiones con que exterminar al infiel... He escogido y educado para la guerra santa hombres valientes, decididos, sedientos de sangre, de corazon de piedra y músculos de acero, y de tal abnegacion que, para no arredrarse ante el esterminio y la carniceria, saben destruirse á si propios impávidos, risueños, sin vacilar... ¡A mí! (*Llamando. Salen dos thugs.*) ¿Quereis convenceros? Mirad y aprended á burlaros de la muerte... La causa santa necesita dos cadáveres... (*Los dos thugs se inclinan y se matan reciprocamente.*) Veinte mil tengo que obedecen así. He trabajado, he superado obstáculos sin cuento, y la obra ha crecido en la sombra... y la hora que se acerca trae consigo el peligro... Despues de prodigar al europeo durante veinte años oro, caricias, fidelidad, para acabar de desvanecer hasta la mas leve sombra de desconfianza, para acabarle de decidir á que duerma confiado en mi lealtad, le he entregado mi mas preciado tesoro... mi hija querida, Mindha, mi solo bien, que no ha vacilado en sacrificarse tan heróicamente como esos en pró de la libertad de su patria.

SEGOR. ¿Es posible?

PENJAB. Sí, Segor. Comprendedme todos al fin... vuestro solo rival es nuestro amor patrio, nuestro espiritu de independencia... ¡Oh!... Siva sonreía la fatal noche de ese sacrilego ma-

trimonio... y se estremecía de placer cuando veía al europeo anunciar que iba á partir con Mindha.

SEGOR. ¿Y ella le seguirá?

PENJAB. Si; le seguirá como el águila sigue á su presa. Partirá; pero en el día señalado volverá mas digna de tu amor y de vuestro respeto que las mas inspiradas vírgenes del sol. Ella os lo afirmará, pues que viene á despedirse de vosotros.

ESCENA V.

DICHOS. MINDHA, TIMOR *con el libro del acto anterior. Sacerdotes y sacerdotisas de Siva, Kali, Bohwani y Bahwani, vestidos con trajes sombríos, en los cuales destacan bordados los emblemas de las distintas especialidades del mal.—Thugs, músicos indios, KISNA con una corona de flores de azahar y un velo en la mano. Al son de una música estraña y melancólica adelántase el acompañamiento y forma una doble fila á cada lado con los que anteriormente estaban en la escena. MINDHA, vestida de blanco, adelántase pausadamente hasta ocupar el centro. KISNA, PENJAB y TIMOR están detrás de ella. SEGOR ocupa uno de los dos lados del proscenio y SALEM otro. MINDHA habla con acento fatídico.*

MINDHA. La India cuenta veinte mil años de existencia, y trescientos millones de habitantes... Su sabiduría es la escuela de las naciones... sus riquezas aventajan á las de todos los reyes del mundo... Sus rios son dioses, sus montañas gigantescos diamantes, sus campos están cuajados de flores y frutos... No hay un sol mas brillante que el que alumbra sus dias, ni un cielo de color mas puro y tachonado de estrellas mas resplandentes que el que la abriga de noche... Dios creó á las Indias para que fueran una prueba palpable de su omnipotencia y su grandeza... Este país me ha visto nacer... su belleza, su preponderancia, riqueza é independencia están amenazadas... el europeo tiende á absorberlo todo... el europeo os saquea, os veja, arrebatá vuestras hijas, os esclaviza, os destruye... y vosotros, hijos de la India, ¿permaneceréis impasibles? ¿Contemplareis por mas tiempo tranquilos la ruina de vuestra patria?

Todos. No.

MINDHA. ¡A las armas! (*Blandiendo un puñal: todos la imitan.*)

Todos. ¡A las armas!

MINDHA. Apruebo vuestro entusiasmo; pero no olvidéis que á veces no todo lo consigue la fuerza. Imitadme. Para vencer al europeo no basta estar armados y pelear mil contra uno, si no unís á la fuerza el artificio. La serpiente y el tigre no perdonan jamás, pero acometen de noche y se lanzan sobre la presa arrastrando y silenciosos...; ¡Imitadlos, hijos de la India!... Arrástrate hasta que puedas saltar, sonríe y acaricia para matar, lame la mano para morder el corazón con seguridad. Imitadnos... ¿Queréis saber sobre qué libro prestó Penjab su juramento de fidelidad? Vedle. (*Abriendo el libro que Timor le presenta.*) En él están escritos los nombres de diez mil europeos estrangulados en

veinte años por mi padre. (*Volviéndose á la estatua.*) Diez mil, Siva... entre tanto que podemos ofrecerte el supremo holocausto... ¿Maldecireis todavía á Penjab y su familia?

TODOS. No, no.

MINDHA. ¿Teneis confianza en él?

TODOS. Sí.

MINDHA. ¿Le obedecereis y adorareis á Siva?

TODOS. Sí.

MINDHA. Pronto llegará el gran día. Dentro de un año celebrará el europeo el secular aniversario de su dominio en nuestro país... Si para entonces vuestra constancia no ha menguado, libertaremos las indias de su opresion. ¿Estareis prontos?

TODOS. Sí.

MINDHA. ¿Esterminareis sin piedad, sin consideraciones ni distincion?

TODOS. Sí, sí.

PENJAB. (*Adelantándose.*) ¡Gracias! ¡Oh! veo con placer que no estabais más que adormecidos, y aun despertais á la voz del honor patrio. ¡Gracias, Siva! Te debo un sacrificio de reconocimiento, y la astucia ha puesto en mis manos al sacerdote que consagró la union de Mindha. Traedme el preso.

ESCENA VI.

DICHOS, MURRAY *escollado por thugs.*

(*Murray aparece y al ver la comitiva queda sorprendido: observa los cadáveres y al volver, la vista reconoce á Penjab y Mindha y se dirige á ellos. La tranquilidad, resignacion y uncion de sus palabras desconcierta á Mindha, que debe manifestar la violenta lucha de afectos humanitarios que pasa en su corazon, la cual contrasta eficazmente Kisna con sus mandatos. Penjab siempre inmóvil, cruzado de brazos y sonriendo.*)

MURRAY. ¡Tal reunion!... ¡Cielos! ¡dos cadáveres!... ¿Qué es esto? ¡Ah! Penjab, Mindha... amigos míos... ¿Callais?... ¿no me conocéis? ¿No os acordais, hija mia, de que estrechasteis mi mano cuando ayer invocaba con toda mi alma las bendiciones del Altísimo para vos y vuestro esposo? ¿No os acordais que yo cubrí vuestra cabeza y ceñí vuestras sienes con el velo y la corona de desposada?

KISNA. (*Bajo á Mindha y presentándola los objetos citados.*) Habla y sentencia.

MINDHA. (*Subyugada.*) ¿Son estos?

MURRAY. Sí.

MINDHA. Tuyos son, Siva. (*Los arroja en un tripode y arden.*)

MURRAY. ¡Siva! El dios del odio y de la sangre.

PENJAB. Nuestro dios.

MURRAY. ¿Vuestro?... Pero entonces... ¡Dios mio! ¡Mindha, esposa de Sidney!... ¿Cuál es vuestro intento?

PENJAB. Hijos de Siva, os cobvido de hoy en un año á las bodas del príncipe Segor con mi hija Mindha.

MURRAY. ¡Cielos!

PENJAB. Viuda del inglés Jorge Sidney.

MURRAY. ¡Viuda! Luego... ¿quieren asesinarle?... ¡Ah! No es posible, Mindha, lo creeré sino á vos... ¿qué sereis de aquí á un año?

KISNA. Responde.

MINDHA. Ya lo has oido: viuda de Jorge Sidney.

MURRAY. ¡Tambien ella! ¡Dios santo! ¿cómo salvarle?

PENJAB. ¿Piensas que hubieras comparecido en este sitio para salir vivo?

MURRAY. Ahora comprendo vuestro designio... quereis matarme... ¿me habeis condenado?

TODOS *menos Mindha.* Sí.

MURRAY. Todos lo afirman... menos Mindha, que sin duda nada puede hacer por su anciano amigo.

MINDHA. ¡Padrel... (*A Penjab implorando.*)

PENJAB. ¡Mindhal...

MINDHA. Es un anciano.

KISNA. El enemigo no tiene edad.

MURRAY. Está bien. Concededme un momento para orar, y soy vuestro.

PENJAB. ¿Quieres invocar la maldicion de tu Dios sobre nosotros? Es justo... pero despacha.

MURRAY. (*De rodillas.*) Señor, cincuenta años ha que os adoro y sirvo en cuerpo y alma... dignáos acogerme en vuestra gracia y oír mi postrera y ferviente súplica. Que todos cuantos me rodean y han tramado mi muerte....

PENJAB. ¡Vamos!...

MURRAY. Sean benditos... que no les tomeis en cuenta su accion, hija solo de la ceguedad... que les perdoneis y cada gota de mi sangre sea para ellos un manantial de felicidades.

MINDHA. ¡Ruega por nosotros!

KISNA. ¡Hipocresía!

PENJAB. Despachemos. Basta de farsa.

MURRAY. ¡Farsa! ¡Ah! ¡Si pudierais leer en el fondo de mi corazon!... Os amo, hijos míos, á pesar de vuestro proyecto... Os agradezco y os bendigo por el martirio que vais á darme... y espero en el Señor que mi sangre fecundará vuestros corazones... La salvacion de los verdugos de la tierra la obtienen sus victimas en el cielo... Ellas imploran su perdon á las plantas del Altísimo. (*Una trompeta lejana.*)

PENJAB. ¡Oh! ¡los ingleses!... Acabad. (*Los thugs le estrangulan.*)

MINDHA. ¡Compasión!

KISNA. ¡Mindha!

PENJAB. ¡Prontol... ¡dispersáos!... ¡Por aquí!... Buscan sin duda al sacerdote, pero todo está previsto para evitar sospechas. (*Todos se alejan por los distintos subterráneos.*)

ESCENA VII.

PENJAB, KISNA, MINDHA, MURRAY.

PENJAB. (*Acechando.*) Se acercan... inclináos sobre él y fingid llorar.

SIDNEY. (*Dentro.*) ¡Por aquí, compañeros!

PENJAB. (*A Mindha.*) ¡Corre á su encuentro!

MINDHA. ¡Sidney!... ¡Sidney!... ¡por aquí!
 SIDNEY. ¡Mindha!

ESCENA VIII.

DICHOS, SIDNEY, MONREAL y soldados.

PENJAB. ¡Cobardes! ¡Infames! (*Con ira simulada.*)
 SIDNEY. ¡Muerto!... ¡Murray muerto!
 PENJAB. Pero vengado. (*Señalando á los cadáveres.*)
 SIDNEY. ¡Muerto! ¡Pronto, Monreal! (*A Monreal que entra y corre al sacerdote.*)
 MONREAL. ¡Veamos!...
 PENJAB. Ya es tarde.
 MONREAL. ¡Cómo! Ese acento..... (*Mirando á Penjab, que se apresura á decir:*)
 PENJAB. Te ofrezco una fortuna si le salvas.
 SIDNEY. Mas, ¿cómo?...
 PENJAB. Acababa de sucumbir cuando llegó mi tropa... Sus verdugos pagaron con la vida, pero los otros huyeron y mis soldados les persiguen.
 MONREAL. (*Eres turco..... no te creo.....*)
 SIDNEY. ¡Infames! ¡Un anciano! aquel cuya voz siempre se elevaba en defensa de ellos... ¡miserables asesinos!
 MINDHA. ¡Sidney!....
 SIDNEY. ¡Ah! Mindha, era mi segundo padre, el ser mas querido para mí.... la mitad de mi vida....
 MONREAL. ¡Pardiez! Ya está hecha mi suerte..... ¡Vive!
 PENJAB. {
 KISNA .. } ¡Ab!
 TODOS. ¿Vive?
 MONREAL. (*¡Qué turbacion!*) Y ahora mismo nos va á decir quién le ha estrangulado.
 PENJAB. (*A Kisna.*) ¡Estamos perdidos!
 SIDNEY. ¿Será verdad? (*Murray vuelve en sí.*) ¡Murray, soy yo..... Sidney... vuestro hijo... vuestro Sidney, que viene á salvaros!
 MURRAY. ¡Sidney! ¡Gracias, Dios santo!... Hijo mio... sí... te soy devuelto para salvarte á mi vez de... (*Viendo á Penjab se detiene.*)
 MONREAL. ¿De qué?... ¿de quién? (*Mirando con desconfianza á Penjab*)
 SIDNEY. ¿De los que han intentado asesinaros?..... ¡Ah!.... ¡nombradlos, padre mio, nombradlos!
 MONREAL. Sí, sí..... sus nombres. ...
 MURRAY. No me acuerdo. (*Fijando una mirada en Penjab.*)
 PENJAB.. {
 MINDHA. } ¡Ah!... (*Con distintas entonaciones. Mindha conmovida, los*
 KISNA... } *otros gozosos.*)
 MONREAL. No es posible... Murray, recordad bien.....
 SIDNEY. Si..... veamos.....
 MONREAL. ¿Quereis que yo os ayude? (*Dirigiéndose á Penjab.*)
 MURRAY. Es inútil....Sidney..... amigos..... os aseguro que no me acuerdo. (*Cuadro.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.



CUADRO PRIMERO.

Interior suntuoso de una habitacion europea en la India. Al fondo un terrado que deja ver la campiña : en segundo término una hamaca en la cual hay un niño de unos diez meses : junto á la hamaca, Ketty. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

KETTY, *despues* KISNA.

KETTY. ¡Pobre niño! ¡Cómo duerme! Parece que en su inocente rostro se pinta el dolor por el abandono de su madre. La señora condesa se cuida muy poco de su hijo. Siempre hablando con esa Kisna á quien el Señor confunda. No la puedo ver; parece que su presencia es siempre anuncio de alguna desgracia. Me estremezco al verla y... por aquí debe andar.

(Vuelve la cabeza y aparece Kisna en la puerta derecha.)

Ya me anunciaba el corazon su presencia. *(Kisna va á aproximarse á la hamaca y Ketty se pone delante.)*

KISNA. ¿Qué quiere decir eso?

KETTY. Que no quiero fijeis vuestra vista en ese niño.

KISNA. ¿Por qué?

KETTY. Porque temo le hagais mal de ojo.

KISNA. ¿Me aborreces, Ketty?

KETTY. Creo que sí.

KISNA. Yo, por el contrario, te quiero y contesto á tus groserias con palabras dulces y cariñosas.

KETTY. El arsénico es blanco, parece azúcar, y sin embargo, produce la muerte.

KISNA. Si fuera tan mala como crees, tus palabras encenderian mi cólera.

KETTY. Al contrario; si fueseis buena, os incomodaria veros tan mal juzgada. (*Kisna la mira colérica.*) Miradme cuanto querais: yo no me asusto por eso. Os conozco y...

KISNA. ¿Qué es lo que tú conoces?

KETTY. Lo que veo. Hace un año, cuando apenas el señor conde había llegado á este sitio donde le destinaron, al recibir la nueva orden que le obligaba á salir á luchar contra esas tribus sublevadas, os pusisteis muy alegre. Despues, cuando nació este niño, se lo quitasteis á su madre haciéndome que fuese su nodriza; delante de vos jamás la señora se atreve á abrazar á su hijo, y eso lo hace porque vos se lo prohibís.

KISNA. Entonces, ¿cómo esplicarás el respeto y el cariño que me profesa Mindha?

KETTY. Es muy fácil de comprender. Tanto la señora como vos sois de un país donde al lado de las mas hermosas flores, de las piedras mas preciosas y de los pájaros mas bellos se crian las mas venenosas serpientes. Estas fascinan al inocente pajarillo con su mirada, hasta que por fin cae despues de haber resistido algun tiempo, ¿no es verdad?

KISNA. Sí, ¿y qué quieres decir con eso?

KETTY. Que el pájaro es la señora condesa y vos la serpiente que la fascina.

KISNA. (*La contempla durante algunos segundos con cólera y despues desaparece lentamente por el foro diciendo:*) (Ha habido personas á quienes he aborrecido menos que á esta mujer y han muerto. Ya la llegará su vez.)

ESCENA II.

KETTY, despues MINDHA.

KETTY. Anda con Dios, víbora. Se creerá sin duda que yo soy como la señora condesa. Chasco se lleva; yo no me dejo dominar tan fácilmente. (*Mindha aparece por la puerta derecha y se detiene en ella. Ketty la ve.*) ¡La señoral... Veremos si la hago que vea á su hijo.) (*Se aproxima á la hamaca y hace movimiento como de besar al niño que hay en ella.*) ¡Hijo mio! Qué hermoso está. Quiero darle un beso, ya que su madre le tiene tan abandonado.

MINDHA. (*Aproximándose.*) ¿Qué has dicho de mí, Ketty?

KETTY. ¡Ahl... ¡Señoral...

MINDHA. ¿Crees acaso que no amo á mi hijo?

KETTY. Señora condesa, quizá sea un mal para mí, pero jamás he podido guardarme dentro del pecho lo que pugnaba por salir de él. Dudo que profeseis cariño alguno á vuestro hijo.

MINDHA. ¿Por qué?

KETTY. ¿Por qué? Voy á decíroslo. No puedo presentaros otro ejemplo que el mio, porque yo soy madre como vos. Cuando me casé con Williams, el asistente del señor conde, experimenté una gran felicidad; pero esta no fué nada en comparacion de la que senti cuando fui madre. Me pareció que mi vida se duplicaba. Dos corazones latian en mí. Aun no sabia si era niño

ó niña, y yo ya le llamaba hijo mio. ¡Cuánto le queria, señora, cuánto le queria! Cuando nació, no puedo pintaros la alegría con que fui su nodriza. Es verdad que cuando se está criando se experimenta alguna fatiga, no se puede descansar cuando se quiere, pero ¡bah! ¿eso qué importa? En contraposicion de eso, al verle dormir tan tranquilo, tan sonrosado, tan puro sobre nuestro pecho, entonces el corazon se llena de diamantes que brotan por los ojos transformados en gruesas lágrimas de ventura y de felicidad. ¡Oh! las madres que no crían á sus hijos no son mas que madres á medias. (*Movimiento de Mindha.*) Perdon, señora condesa, cuando hablo de estas cosas me olvido de todo. Yo creo que el sentir de este modo es igual para todos los paises y para todas las posiciones. Nobles ó plebeyas, las cunas de los hijos son las mejores joyas de las madres. Perdonadme si me he escedido; os lo he dicho para que ameís á vuestro hijo, para que le abraceis, para que le salveis.

MINDHA. ¡Para que le salve! ¿De qué peligro?

KETTY. El pobre niño está hambriento de ser abrazado y acariciado por su madre. Ya que no le habeis nutrido, besadle y queredle en compensacion. Aproximaos, señora; miradle qué hermoso está. Besadle; ya vereis qué bueno es acariciar á sus hijos.

MINDHA. (*Con impetuosidad.*) ¡Oh! sí, sí, que le abrazaré... ¡Ah! (*Va á aproximarse á la hamaca, pero aparece Kisna en el foro y se detiene.*)

KETTY. ¡Todavía esta mujer! (*En voz baja y rápidamente á Mindha.*) Señora, esa mujer no me causa miedo: decid una palabra y pronto la echaremos de aquí.

MINDHA. (*Con terror.*) Calla, Ketty, calla. Vete y déjanos. (*Ketty sorprendida se retira con lentitud observándolas.*)

ESCENA III.

MINDHA y KISNA.

MINDHA. (*Con agitacion.*) Kisna, ¿te acuerdas de la gruta de Siva?

KISNA. Yo soy quien te debe hacer esa pregunta.

MINDHA. Yo me acuerdo de todo. Era el día siguiente á mi boda. Mi padre, Segor, los bramines y nuestros mas fieles amigos estaban reunidos para consagrarse al dios del mal por la salud de la patria. Yo juré como ellos. Llena de venganza contra la Europa, consentí en ser la esposa de Sidney para llegar á ser su verdugo. Ahora bien, dime, Kisna, ¿Siva es lo suficientemente poderoso para sostener en el corazon de sus creyentes la llama del odio y de la astucia? ¿Tendrá poder bastante para encenderlas cuando principian á extinguirse?

KISNA. ¿Por qué me lo preguntas?

MINDHA. Porque yo siento que esa llama no abrasa mi pecho.

KISNA. ¡Mindha!

MINDHA. No soy la misma. Tengo vergüenza y terror de mí. No puedes imaginarte los tormentos que paso cuando veo que otra es nodriza de ese niño á quien hice voto de aborrecer.

Sufro mucho: cuando le veo junto al pecho de una mujer extraña, tengo celos. Sueño con él, le veo tenderme sus brazos, y yo no puedo estrecharle entre los míos porque tú me lo prohibes. Despues me figuro ver á Sidney luchando con sus enemigos, instruido quizás de mi conducta y sufriendo deseperado porque en la mujer á quien tanto ama no ha encontrado el cariño que tenia derecho á prometerse. Yo tengo siempre el infame heroismo de obedecerte y rehuso ver á mi hijo, rehuso abrazarle, todo en honor de Siva, todo porque él me sostenga el corazon lleno de venganza hasta el dia señalado. ¡Oh! No puedes imaginarte cuánto padezco. Los remordimientos me atormentan, me parece que soy culpable, que estoy cometiendo una accion odiosa al cielo y á los hombres de todos los paises. En fin, Kisna, me parece que no odio tanto. Dime, ¿qué es lo que se siente cuando se ama?

KISNA. No necesitas saberlo: nuestros dioses te lo prohiben.

MINDHA. Ya lo sé; por esa razon lucho, Kisna. ¿Te acuerdas de esas horribles noches de tempestad que trastornan nuestro cielo indiano? El trueno retumba, brilla el relámpago, ruge el viento y los árboles centenarios son tronchados por el huracan. Los tigres y las serpientes tiemblan de pavor en sus guaridas y...

KISNA. Eso es lo que debes guardar en tu corazon hasta que llegue el dia del castigo.

MINDHA. ¡Oh! Pero despues de la tempestad, ¿qué es lo que aparece? Se calma el viento, las nubes se alejan temerosas y avergonzadas y la estrella matinal reaparece. La aurora la sigue despues, y mas tarde el sol esparce sus fecundos rayos y la India entera cae de rodillas demostrando su alegria en una plegaria de adoracion y amor.

KISNA. ¡Mindha!

MINDHA. Esto es lo que sucede en mí; quisiera retener perenne en mi corazon la noche con el huracan, sus tempestades y sus horrores, pero en lugar suyo contemplo con una dulzura infinita dos estrellas de las cuales una va á iluminar con sus destellos la cuna donde duerme un niño, la otra la noble frente de un hombre. No me acuses, pues, de traicion ni de bajeza, todo te lo confieso. Conjura á Siva, para que si él puede, trate de ahogar estas dos llamas nuevas que se alzan en mi pecho, que las siento crecer mas á cada instante, que muy pronto serán poderosas, y yo entonces no podré menos de caer de rodillas para adorar con un éxtasis infinito á mi hijo y á mi esposo.

KISNA. (*Despues de un momento.*) No tengas miedo, Mindha. El odio y la cólera no desaparecen tan pronto del corazon de los jóvenes. Duermen, pero no se olvidan. Ya se acerca la señal, y la patria, tu padre y tus gentes, al resucitar para su independencia y para su venganza, ahuyentarán esos fantasmas que te amedrentan. Valor, Mindha, la hora esperada con tanto anhelo está muy próxima. (*Kisna se aleja lentamente. Mindha la sigue con la vista.*) No olvides que la hora está muy próxima.

ESCENA IV.

MINDHA, *despues* MURRAY.

MINDHA. ¡Próximo! La India se prepara, tu odio duerme, pero no ha muerto, la señal se acerca y la patria resucitará. (*Con desaliento.*) ¡Nadal! En otro tiempo al escuchar estas palabras una alegría salvaje me habria trasportado, pero hoy tengo miedo, tengo miedo por ellos. ¡Oh! ¡ellos siempre! Mi hijo y Sidney. ¿Es hijo del odio ó de la cólera este pensamiento? Veamos: pronuncieemos delante de esta hamaca donde duerme mi hijo las maldiciones que aprendiera en otro tiempo. (*Se dirige á la hamaca y se pone á reflexionar.*) Yo decia... «y mirando á su hijo el corazon se llena de diamantes que brotan por los ojos trasformados en gruesas lágrimas de ventura y de felicidad.» No es eso. Ketty hablaba asi. ¿Qué era lo que yo decia al dios del mal? (*R. capacitando de nuevo.*) «Aldeana ó princesa, las cunas de los hijos son las mejores joyas de las madres.» Todavía Ketty ... y entonces sus hijos la abrazaban y lloraba de alegría diciéndome: «Haced como yo, señora.» (*Llena de emocion abraza la hamaca donde está el niño. Despues se detiene de repente.*) ¡Sí, sí... Pero, ¿es esto lo que yo he prometido al dios del mal? ¡Oh! en lugar de acordarme de las palabras malditas, solo me acuerdo de las de Ketty, la buena madre, y yo abrazo esa hamaca vacía. ¡Desgraciada de mí! Esta memoria y estos besos no son los del odio y la venganza. ¡Qué desgraciada soy! ¡Cuánto sufrí!

MURRAY. (*Que ha escuchado desde la puerta derecha las últimas palabras, aproximándose precipitadamente á Mindha*) ¿Sufrís? Cuando escucho esas palabras, parece que me llaman y acudo inmediatamente.

MINDHA. Tú no puedes hacer nada por mí.

MURRAY. Sin embargo, ya os he demostrado una vez que era vuestro amigo.

MINDHA. ¿Tratas de recordarme que mi vida y la de mi padre han estado á tu disposicion?

MURRAY. Si hubiese hablado, vos y los vuestros habriais sido juzgados y condenados como traidores; pero Sidney, mi pobre amigo, habria muerto y otros conspiradores habrian ocupado vuestro lugar. He callado y no he deseado mas que obtener la amistad de los que querian hacerme daño. ¿He merecido la vuestra, Mindha?

MINDHA. Sí.

MURRAY. En ese caso, el amigo tiene el deber de ofrecerse para calmar vuestros padecimientos.

MINDHA. ¿Los conoces?

MURRAY. Sí. Cuando delante de mí renegasteis de vuestro amor y quemasteis en el fuego consagrado vuestra corona y vuestro velo de desposada, yo me dije con un acento de profunda conviccion: «Ellos renacerán de nuevo.» Cuando hicisteis el voto de aborrecer á vuestro esposo y á vuestros hijos, exclamé:

«¡Voto sacrilego! ¡Voto estéril! Dios cambiará en bien el mal.»
Y hé aquí que desde hace un año á pesar vuestro, la obra divina está cumpliéndose. Tratais de aborrecer, y estais condenada á amar. Tratais de mentir, y la verdad únicamente brota de vuestros labios. Hacedis esfuerzos para permanecer impasible, y todas las impresiones que recibis llevan las lágrimas á vuestros ojos. No sereis capaz de desmentirme.

MINDHA. ¿Cómo podeis leer en mi corazon?

MURRAY. Mindha, vos sufris; desde la infancia se os ha tratado de dirigir al mal, se os ha dicho que la ternura era una debilidad y que el ódio y la venganza eran las pasiones dignas de un pecho indiano.

MINDHA. Si, eso me decian.

MURRAY. Los creísteis, y la astucia y la mentira cubrieron vuestro rostro y cien victimas inocentes cayeron ante vuestra vista sin conmoveros. Amabais á vuestro Dios; yo tambien amo al mio, y por eso cuando cai delante de vosotros, permaneci tranquilo diciéndole: «Perdonadlos, Señor, que ellos no saben lo que hacen.» Y mi súplica fué escuchada.

MINDHA. ¡Escuchada!

MURRAY. Al dia siguiente Sidney vino con vos á este lugar, y desde ese dia el corazon que creiais muerto resucitaba bajo los impulsos de los dos salvadores en que yo habia creido: Dios y Sidney.

MINDHA. ¡Murray, calla!

MURRAY. Estas han sido las palabras que habeis opuesto en vuestro corazon, que hacia esfuerzos por vivir de una manera distinta que hasta entonces. Pero él no os escuchaba; era el mas fuerte, y cuando una orden de partida alejó á Sidney de estos lugares, no pudisteis ver su separacion sin temor y sin angustia.

MINDHA. Es cierto.

MURRAY. Cuando vuestro hijo nació, quisisteis maldecirle y no tuvisteis valor para ello.

MINDHA. Ni lo tendria jamás.

MURRAY. A cada momento aumenta vuestro dolor.

MINDHA. Sí, sí.

MURRAY. ¿Y sabeis qué es lo que está luchando en vuestro corazon?

MINDHA. ¡Hablad!

MURRAY. Es mi Dios que lucha con el vuestro.

MINDHA. (*Cada vez mas agitada.*) ¡Tu Dios! ¡Háblame de tu Dios!

MURRAY. Toda su ley se encierra en estas palabras: «Amaos los unos á los otros. Devolved bien por mal.»

MINDHA. ¿Y cuáles son los dichosos á quienes tu Dios se dirige?

MURRAY. A todos y especialmente á los que sufren.

MINDHA. (*Cuya angustia va creciendo.*) Vete, Murray, tu Dios me tienta.

MURRAY. (*Alejándose.*) Señor, concludid la santa obra. Mindha, creed y esperad.

ESCENA V.

DICHOS, KETTY, *varias mujeres y criados.*

- KETTY. Reverendo padre, el telinga acaba de traeros todas estas cartas.
- MURRAY. Son de nuestros valientes soldados. Tomad, para vos; Ketty, para vos. (*Murray va repartiendo cartas á las mujeres, quienes llenas de alegría forman distintos grupos.*)
- MINDHA. ¿No hay para mí?
- MURRAY. ¡Oh! ¿Vos me la habeis pedido? Tomad.
- KETTY. ¡Oh! vive Williams, ¡qué dichosa soy Dios mio!... Mirad á la (*Dirigiéndose á las otras mujeres.*) señora qué poca alegría demuestra.
- MURRAY. (*Dirigiéndose á Mindha.*) ¿Qué os dice?
- MINDHA. Que me ama.
- MURRAY. ¿Nada mas?
- MINDHA. No.
- MURRAY. ¿No os avisa su llegada?
- MINDHA. (*Vivamente.*) ¿Viene? ¡Oh! ¿por qué no me lo habeis dicho?
- MURRAY. Porque duda de la acogida. Decid á esas pobres mujeres que sus maridos están próximos á llegar y vereis como se llenan de alegría. En este momento piensan mal de vos: dadles esa buena noticia; devolvedles bien por mal.
- MINDHA. Tienes razon, sí: bien por mal. Ketty, amigas mías, las noticias que acabais de recibir os han llenado de alegría y yo quiero hacerla mayor aun.
- TODOS. ¡Vos!
- MINDHA. Mi esposo y sus soldados llegarán de un momento á otro.
- KETTY. ¿De veras?
- MINDHA. Sí.
- KETTY. (*A sus compañeras.*) ¿Y aun la acusabais?
- MURRAY. (*A Mindha.*) ¿Qué sentis en el corazon?
- MINDHA. Estoy mejor.
- KETTY. (*Este es el momento oportuno.*) (*Presenta á Mindha el niño que lleva en brazos.*) Señora condesa, dad á vuestro hijo su parte en la alegría general.
- MINDHA: (*Abrazando á su hijo.*) ¡Jorge! ¡Hijo mio! Perdóname.
- KETTY. (*A las demás mujeres.*) ¿La veis?
- MINDHA. ¡Hijo mio! Tu padre va á llegar en seguida. (*Sidney y los soldados aparecen por el foro, gritos dentro.*)

ESCENA VI.

DICHOS, SIDNEY y soldados.

- KETTY. ¡Oh! ya están aqui.
- TODOS. ¡Ellos! (*Gritos de alegría y de reconocimiento.* Sidney per-

manece en el foro dudando, hasta que ve que Mindha abraza á su hijo: entonces corre á ella y la estrecha entre sus brazos.)

SIDNEY. ¡Le abraza! ¡Mindha! ¡hijo mio!

MINDHA. ¡Sidney!

SIDNEY. (A Murray en voz baja y con alegría.) ¡Me ama!

MURRAY. Sí.

SIDNEY. (A los soldados.) Regocijaos, amigos míos; andad y referid á vuestras mujeres vuestros nobles hechos de armas. (Váanse los soldados y las mujeres. Sidney conduce á Mindha cerca de la hamaca y pone un asiento junto á ella.) Mindha, siéntate aquí. Vos, Murray, en este sitio.

MURRAY. ¿Qué irá á hacer?

SIDNEY. Perdóname, Mindha.

MINDHA. ¿Perdonar?

SIDNEY. Escucha: me pareció que tú me habías aceptado por esposo contra tu voluntad. En el amor que me inspirabas creía encontrar la ternura suficiente para obligarte á que me correspondieras. Si he tenido ambición, ha sido para obtener tu amor excitando tu vanidad y tu orgullo. Pero todo era en vano. No me amabas. Cuando nació mi hijo, un relámpago de esperanza brilló en mi corazón, creía haber obtenido la victoria entonces. Pero, ¡ay! mi esperanza se desvaneció en seguida. Tú no me amabas á pesar de ser madre; sufría mucho, pero jamás te dije una palabra: formé mi resolución y marché á la guerra decidido á dejarte libre.

MINDHA. Jorge, ¿qué dices?

SIDNEY. Creía no costarte una lágrima: durante todo el tiempo que he estado lejos de tí, he buscado la muerte sin que respondiera á mi llamamiento. Cuando recibí la orden de volver, mientras que todos mis soldados estaban llenos de alegría, yo solo sentía desgarrado el corazón. ¡Ella no me ama! me repelia cien veces, y á la misma puerta de esta casa me detuve temeroso porque recelaba de tu acogida. Pero, ¡cuán distinta ha sido! Entro y te veo con nuestro hijo en los brazos. Una embriaguez desconocida se ha apoderado de todo mi sér; he comprendido que me amabas, que estabas esperándome, y con el corazón lleno de felicidad he querido quedarme solo con vosotros para pedir os perdón por haber buscado la muerte que me habría arrebatao los días de ventura que me esperan. Mindha, ¡dime que me amas! repíteme que es verdad para que yo te crea.

MINDHA. (Después de una corta lucha.) ¡Sí, te amo! te amo sin temor de ninguna especie. (Como inspirada.) ¡Reina en mi alma amor de mi marido y de mi hijo! ¡Que este día sea el de mi nacimiento y mi resurrección! He vivido en las sombras de la muerte y ahora renazco al sol de la vida. Murray, ¡yo creo! ¡Yo soy cristiana!

MURRAY. ¡Gracias, Dios mio!

MINDHA. Sidney, ¡yo amo y yo espero! (Con terror como respondiendo á un pensamiento repentino.) (Pero, ¡y la India!)

SIDNEY. ¿Qué tienes, Mindha?

MINDHA. Tengo miedo.

SIDNEY. ¡Miedo!

- MINDHA. Mira, Jorge: en un dia como este mis ruegos deben tener doble valor para tí.
- SIDNEY. Habla.
- MINDHA. No quiero que permanezcamos en este país.
- SIDNEY. ¿Renunciarás á él?
- MINDHA. Por tí á todo.
- SIDNEY. ¿Y á tu padre tambien?
- MINDHA. Sí.
- SIDNEY. Entonces tendré que presentar mi dimision.
- MINDHA. Preséntala.
- SIDNEY. ¿Lo deseas?
- MINDHA. Quiero que nos retiremos á tu país. Escribe tu dimision.
- SIDNEY. Murray, ¿creéis que en los diez años que llevo de servir á la Inglaterra habré pagado lo suficiente mi deuda?
- MURRAY. ¡Si, hijo mio!
- SIDNEY. Voy á escribir mi dimision, Mindha. (*Van á salir á tiempo que entra un oficial.*)
- OFICIAL. Os traigo un oficio del señor gobernador.
- SIDNEY. (*Despues de haber leído el despacho.*) Mindha, mi patria necesita todavía de mí.
- MINDHA. ¿Qué ocurre?
- SIDNEY. Hay temores de que estalle la rebelion en Bengala y tengo que regresar á reunirme con mi tio.
- MINDHA. Yo no quiero que vayas á esa guerra indiana, Sidney, ¿lo entiendes?
- SIDNEY. Me pides mi honra.
- MINDHA. (*A Murray.*) Tú que le amas, ayúdame.
- MURRAY. Yo le acompañaré, señora.
- MINDHA. Puesto que nada obtengo, yo iré contigo.
- SIDNEY. ¿Vendrás tú, Mindha?
- MINDHA. Quiero estar siempre junto á tí. (*Con eso podrá librarle.*)
- SIDNEY. Pero, ¿y tu hijo?
- MINDHA. Permanecerá aquí con Ketty.
- SIDNEY. Tienes razon. Voy á disponerlo todo para nuestra marcha. Venid, Murray. (*Vánse por la derecha.*)

ESCENA VII.

MINDHA, despues KISNA y TIMOR.

- MINDHA. Si, ¡yo salvaré á los dos! Por defenderlos me siento llena de astucia y de fuerza suficiente para desafiar á la India entera.
- KISNA. (*Por el foro adelantándose y señalando á Timor.*) ¡Mira!
- MINDHA. ¡Timor!
- TIMOR. (*Presentándola un anillo.*) ¿Conoces esto?
- MINDHA. El anillo de mi padre.
- TIMOR. (*Presentándola dos flores.*) El iris y el nardo.
- KISNA. La astucia y la paciencia triunfan.
- TIMOR. (*Enseñándola otra flor.*) ¿Ves?
- MINDHA. ¡Oh! La campanilla silvestre.
- KISNA. Es necesario partir para el sacrificio.

TIMOR. Los indios no esperan mas que á Mindha.

KISNA. Tus ojos han brillado, Mindha; mientras que los europeos se entretenian en Bombay, la India se preparaba: ya está próxima la hora en que el tigre de Bengala cebará sus garras en las entrañas de los europeos: el incendio destruirá sus factorias, los rios correrán tintos de sangre, y cuanto se cuenta de los combates europeos no serán mas que juego de niños comparado con la terrible lucha de la India. ¡Oh! Vamos á verlos, Mindha. Corramos, porque siento mi corazon arder y mi mano está sedienta de blandir el puñal sagrado. Gracias, Siva, dios del estermínio y de la matanza; gracias, porque me dejas ver este dia.

MINDHA. (A Timor.) Vuelve junto á mi padre y dile que Mindha obedecerá.

KISNA. ¿Lo has entendido, Timor?

TIMOR. Mindha, tú eres grande. Voy á tener la gloria de anunciar tu llegada á nuestros fieles. (Timor váse por el foro.)

MINDHA. (Corriendo precipitadamente á la puerta izquierda.) ¡A mí! ¡Socorro!

KISNA. ¿Qué haces?

MINDHA. Soy cristiana, amo á mi hijo, amo á Jorge, quiero defenderles, y no te temo.

KISNA. ¿Qué dice?

ESCENA VIII.

DICHOS, KETTY, mujeres y soldados.

MINDHA. Prended á esa mujer: es una espía de los indios.

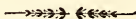
KISNA. (Deteniéndoles con un movimiento.) ¡Atrás!

MINDHA. Obedeced. (Los soldados rodean á Kisna.)

KISNA. (A Mindha.) Hasta la vista. (Tengo oro y veneno.) (Contempla á Mindha algunos instantes hasta que sale con los soldados.) Hasta la vista.

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

ACTO TERCERO.



CUADRO SEGUNDO.

A la derecha, en primer término, el pórtico del palacio de Penjab, de cuyo costado arrancan arcos triunfales y flores que cubren el foro. Detrás de este se perciben á lo lejos los contornos de la ciudad de Delhi. Un pabellon indiano de cachemira cubre el techo. A la izquierda, en segundo término, una estatua del dios Siva.

ESCENA PRIMERA.

PENJAB, SALEM, SELIM, TIMOR *y jefes indios.*

- PENJAB. (*Saliendo de palacio.*) ¿Qué noticias hay de Uda?
SALEM. Veinte de nuestros amigos acaban de ser ametrallados.
PENJAB. Lo sé. (*A otro.*) ¿Y el Nizam?
SELIM. Espera tus órdenes.
PENJAB. ¿Golconda?
SALEM. Respondo de ella.
PENJAB. ¿Delhi?
TIMOR. Ansiando romper el yugo.
PENJAB. ¿Es decir que la India está dispuesta?
TODOS. Sí.
PENJAB. Perfectamente.
SELIM. ¿Y Mindha?
PENJAB. Estoy esperándola.
SALEM. ¿Y los europeos?
PENJAB. También llegarán; he recibido un despacho del gobernador escusándose de asistir á la cita, pero en su lugar me manda á su sobrino el comandante Jorge Sidney escoltado por el escuadron número veinte y cinco de cipayos.
TIMOR. Esos son de los nuestros.

PENJAB. Sí, pertenece al número de nuestros fieles. Todo marcha perfectamente, amigos míos. Mindha se acerca y quizá dentro de algunos instantes estará junto á nosotros. (*Gritos dentro llenos de entusiasmo de ¡Viva Mindha! ¡Vivan las Indias! Los jefes indios se adelantan hácia el foro seguidos de Penjab.*) Ya está aquí.

ESCENA II.

DICHOS, SEGOR, despues MINDHA.

SEGOR. (*Aparece pálido, trastornado y coge á Penjab llevándolo á uno de los extremos del teatro.*) ¡Penjab!

PENJAB. (*Le mira, le comprende y le aprieta el brazo.*) ¡Silencio!

SEGOR. ¿Sabes que Mindha nos hace traicion?

PENJAB. Silencio digo. Grita como yo. ¡Viva Mindha!

SEGOR. ¿Por qué el amor de la patria se ha borrado de su pecho? (*Aparece Mindha precipitándose hácia su padre.*) ¡Ella!

PENJAB. (*Abrazándola.*) ¡Mindha! ya ves cómo te esperábamos.

MINDHA. ¡Padre mío!

PENJAB. (*¡Tiembra!*) Segor, ¿no vienes á saludar á mi hija?

SEGOR. (*Inclinándose.*) ¡Mindha!

MINDHA. (*Con terror, pero reponiéndose inmediatamente.*) ¡Segor!... Ya ves que he venido.

PENJAB. (*Observándola.*) (Se ha estremecido.)

MINDHA. (*¡Esa mirada de mi padre!...*)

SALEM. (*Adelantándose hácia Mindha.*) Mindha, la casta noble de los sacerdotes y de los príncipes de la India te proclama santa y divina, saludando en tí la esperanza y la salvacion de la patria.

MINDHA. Gracias, príncipes y sacerdotes. Las flores del mal han ido á llamarme y aquí me teneis con ellas. (*Saca las flores del pecho.*) Ya se han marchitado al calor de mi seno, pero su sávia fecunda está en mi corazon. Valientes hijos de Siva y de Kalí, he sostenido dignamente mi pensamiento y os libertaré del yugo de Inglaterra como os lo he prometido. En cuanto á mi hijo, he puesto sobre su cuna las flores que matan.

PENJAB. ¿Ha muerto?

MINDHA. Como ha muerto Kisna.

PENJAB. ¿Kisna tambien?

MINDHA. Sí; su alma fiel será glorificada por los dioses del odio y de la venganza. (*Viendo á su padre que no cesa de mirarla.*) (Siempre esa mirada.) Hermanos míos, la vispera de mi partida, reunidos todos ante los altares de Siva, consagramos nuestros puñales; yo guardé el mío. Vedle aquí. ¿Conservais los vuestros?

SEGOR. (*Con exaltacion.*) Aquí está el mío.

TODOS. (*Blandiendo los puñales.*) Hé aquí los nuestros.

MINDHA. ¡Bien! Dispersaos por las provincias... y dentro de un mes, el día del aniversario de la llegada de los europeos, entendeme bien, arrojad la máscara con que os habeis cubierto durante tantos años, y herid sin piedad ni gracia. ¡Mueran los europeos y vivan las Indias!

TODOS. ¡Vivan!

MINDHA. (*A Penjab que permanece inmóvil.*) ¡Padre mio! ¿Sois dichoso?

PENJAB. Es tanta mi alegría, que no puedo consentir que sufras tú y padezcan nuestros amigos durante un mes de espera y de agonía. Alégrate, hija mia; no es dentro de un mes, es hoy cuando principia la destrucción.

MINDHA. (*Con terror dejando caer el puñal.*) ¡Hoy!

PENJAB. (*Cogiendo el puñal y dándoselo.*) Te has estremecido de alegría, ya lo veo. Anúnciales á nuestros amigos mi determinación.

MINDHA. (*Dominándose.*) Pero Sidney y los suyos no están.

PENJAB. No temas; llegarán muy pronto.

MINDHA. (*Adelantándose y haciéndose un esfuerzo.*) Alegraos, amigos míos, no teneis que dilatar vuestra venganza por tanto tiempo, podreis realizarla... (*Vacilando.*)

PENJAB. (*Con voz de trueno.*) Podreis realizarla hoy mismo.

TODOS. ¡Hoy! (*Mindha se desmaya.*)

PENJAB. Su misma alegría la hace daño; llévala Segor. (*A los indios.*) Ya lo habeis oído. Muerte al que no cumpla con su deber. ¡Idos! ¡Gloria á Mindha!

TODOS. ¡Vival! (*Vánse todos por el foro.*)

ESCENA III.

PENJAB y SEGOR.

PENJAB. Delante de esa gente te he dicho que calles; ahora que estamos solos puedes hablar.

SEGOR. Mindha nos hace traicion.

PENJAB. Lo he presumido.

SEGOR. Kisna y su hijo viven.

PENJAB. Bien.

SEGOR. Si ella ha venido, ha sido para espiarnos.

PENJAB. Y para salvar á su esposo. Lo sé.

SEGOR. ¡Salvarle!

PENJAB. ¿Y sabes por qué?

SEGOR. Por...

PENJAB. Acaba. Has acertado en tu pensamiento.

SEGOR. (*Con voz sorda.*) Porque le ama.

PENJAB. Con pasion, con delirio. Está dispuesta á sacrificárselo todo, asi como yo lo estoy por la India.

SEGOR. ¿Y se dará hoy la señal de muerte?

PENJAB. Si.

SEGOR. ¿Vendrá el europeo?

PENJAB. Dentro de un instante.

SEGOR. Yo me reservo á ese hombre.

PENJAB. Lo tendrás. Vamos á preparar su recibimiento.

SEGOR. Vamos. (*Vánse foro derecha.*)

ESCENA IV.

MINDHA y dos esclavos.

MINDHA. (*Saliendo lentamente por la derecha.*) No he podido entender lo que decían, pero presiento que algún peligro terrible me amenaza. Mi padre ha dicho que vendrá Jorge. ¿Por qué me he separado de él? Me pareció ver en Calcuta á uno de los servidores de Penjab y quizás llevara á Sidney algún aviso en mi nombre. ¡Oh! es preciso avisarle á todo trance. Creía tener un mes de tiempo, mas la suerte lo ha dispuesto de otra manera. «¡Es hoy!» me ha dicho y yo lo he leído en su mirada; lo comprendo en todos esos preparativos de fiesta. Jorge va á llegar y aquí está su muerte. Es necesario impedir su llegada. (*Da dos palmadas y dos esclavos aparecen que se postran delante de Mindha*). Gulnar, Muzul, levantad vuestra frente, y mirad á vuestra señora. (*Los esclavos se la quedan contemplando con adoración*). Bien, amigos míos.

GULNAR. ¡Sus amigos!

MINDHA. Leo en vuestras miradas que no habeis cesado de amarme.

GULNAR. ¡Nunca!

MINDHA. Ahora necesito de vosotros.

GULNAR. Habla.

MINDHA. Es preciso que marcheis inmediatamente por dos caminos distintos hasta encontrar á los europeos que vienen de Calcuta. Una vez hallados, decidle á mi esposo de mi parte que no adelante un paso mas porque se le ha tendido un lazo. ¿Lo entendéis?

GULNAR. Sí.

MINDHA. Correis peligro de muerte.

GULNAR. Gulnar y Muzul la recibirán sin revelar el secreto de su dueña.

MINDHA. Gracias, amigos míos. Marchad. (*Los esclavos se inclinan y salen cada uno por un lado del teatro.*) La ansiedad me devora. Esa estatua de Siva que parece espiarme, me aterra. ¡Oh! fuera vanos temores. Mi salud, que es la de Jorge, depende de mi audacia para llevar la máscara india, y es preciso que la lleve. De las dos personas á quienes mas amo en el mundo, mi hijo se halla lejos de aquí, y solo me queda Sidney, que no vendrá ya. (*Se oye un tiro.*) ¿Qué es eso? ¿Habrá muerto á alguno de mis esclavos? (*Otro tiro.*) ¿Todavía otro? ¡Oh! sí: los dos han muerto sin duda, y Jorge... Es necesario que yo sepa... (*Da algunos pasos y sale Penjab por el foro.*) ¡Mi padre!

ESCENA V.

MINDHA, PENJAB, y despues KISNA.

PENJAB. Los dos esclavos acaban de morir.

MINDHA. ¿Los has muerto?

PENJAB. Si: pertenecian á una causa que tramaba nuestra ruina.

MINDHA, te se acusa de hacernos traicion.

MINDHA. ¿Y quién es el infame?... (*Kisna aparece por el foro derecha envuelta en un manto negro, orlado de cráneos y huesos enlazados.*) ¡Kisna!

PENJAB. ¿Tiemblas á su vista?

MINDHA. (*Conteniéndose.*) Es de cólera, padre mio. ¿No es cierto que nuestra ley castiga con la muerte al calumniador?

PENJAB. Sí.

MINDHA. ¿Obtendré la vida de esa mujer si la convenio de impostora?

PENJAB. La tendrás.

MINDHA. (*A Kisna.*) ¿Has dicho tú que tanto de corazon como de rostro me he entregado á los europeos?

KISNA. Lo he dicho.

MINDHA. Mentiste. ¿Has dicho tambien que mi astucia de hoy era hija del amor conforme en otro tiempo lo era del odio?

KISNA. Lo he dicho.

MINDHA. Mentiste tambien. ¿Habrás asegurado sin duda que mi hijo no habia muerto?

KISNA. Lo he jurado.

MINDHA. ¡Impostora! Tomo por testigo á ese dios vengador delante del cual he maldecido á su padre, que si mi hijo viviera, yo misma encerraria en su pecho este puñal consagrado. (*Saca el puñal.*)

KISNA. (*Deja caer el manto y presenta el hijo de Mindha en sus brazos.*) Hieres si he mentido.

MINDHA. (*Retrocediendo.*) ¡Ah!

KISNA. Cuando me hiciste prender yo tenia oro y veneno; con este me libré de los guardianes de tu hijo, con aquel compré las alas para mi fuga. Si yo he mentido, si tu corazon permanece puro, si quieres mi vida, mata á tu hijo.

MINDHA. ¡Mi hijo!... Me le has robado para hacérmele matar. Pues bien... (*Va á lanzarse sobre Kisna, pero Penjab la detiene y la desarma.*)

PENJAB. ¡Mindha! (*A Kisna.*) Véte y no te olvides de mis instrucciones. (*Le da el puñal de Mindha.*)

MINDHA. (*Queriendo lanzarse sobre Kisna.*) ¡Mi hijo! (*Kisna váse por el foro.*)

ESCENA VI.

PENJAB y MINDHA.

PENJAB. (*Deteniéndola.*) ¡Quieta aquí! (*Pausa.*) ¿Con que los amas tanto?

MINDHA. Sí, con todo mi corazon.

PENJAB. ¿Eres cristiana?

MINDHA. Lo soy.

PENJAB. ¿Reniegas de tu familia, de tu país, de tu dios?

MINDHA. Es imposible que mi familia, mi dios y mi país me ordenen que asesine á mi hijo.

PENJAB. Mindha, ¿no quieres pertenecernos?

MINDHA. Para matarlos, nunca.

PENJAB. Mindha, tú eres el orgullo y la esperanza de la India; ella ha saludado tu partida como la de una mártir, ha proclamado tu ausencia llena de gloria y en tu vuelta ha contemplado su resurrección. Cuarenta millones de hermanos creen ciegamente en tí y su obediencia á tus órdenes raya en fanatismo. Yo te he dado todo ese poder, y si á mí se me respeta, es solamente porque soy tu padre. La obra en que durante tantos años he trabajado, los gigantescos esfuerzos que he hecho, todos serían inútiles si tú llegaras á faltarme. ¿Tratarás aun de rechazar á tu padre, de renegar de los tuyos? ¿No quieres pertenecernos?

MINDHA. Si es para asesinarlos, no.

PENJAB. Reflexiona que el triunfo que has obtenido hace un momento me lo debes á mí, á mí que todo lo sabía ya, que había un instante concluía de hablar con Kisna y que había visto á tu hijo, y sin embargo todos han gritado conmigo ¡viva Mindha la fiel! y al par que mi corazón decía: no, es Mindha la apóstata, mis labios te aclaman por santa, por libertadora, por inspirada. Cuando tú has caído en mis brazos desvanecida de espanto, me he apresurado á decirles: es de alegría, es de felicidad, ¡gloria á Mindha! Y la India entera, que tiene sus ojos fijos en nosotros, ha repetido el grito de la fé y del entusiasmo, el grito que yo quería, porque yo he hecho de tí la bandera salvadora de esta patria de quien tú quieres ser el verdugo; pero no será así. Tú permanecerás siendo la esperanza y la libertad de la India, y la vida de un hombre y de un niño no costarán la de un pueblo. Es preciso que te crean hasta el fin y te creerán. He desembarazado mi camino de todos los obstáculos que me estorbaban y mi vista no se asombra ante ningún cadáver, sea el que sea.

MINDHA. ¿Qué dice?

PENJAB. Muerta ó viva, tú serás mi bandera. ¿Quieres permanecer con nosotros?

MINDHA. Si es para asesinarlos, no.

PENJAB. Tú lo has querido. (*Coge á Mindha por un brazo y la lleva al foro señalándola un espectáculo que el público no puede presenciar.*) Mira, ¿ves ahí bajo el puñal levantado sobre el pecho de tu hijo?

MINDHA. (*Arrojando un grito.*) ¡Hijo mio! Matadme, matadme á mí, padre, gracia para él. (*Pausa.*) ¡Nada, nada!... ¡Ah! ¡es verdad! Aquí se adora un dios que se embriaga con la sangre y el festín comienza. (*A la estatua.*) Aplaudes, Siva. Te se ofrece en holocausto una mujer y un niño, gózate en su agonía. Pero no, no, grita piedad como yo y volveré á pertenecerte.

PENJAB. Su vida pende de tí.

MINDHA. Habla.

PENJAB. Sidney va á venir.

MINDHA. ¡Sidney!

PENJAB. Delante de nuestros indios yo le diré que tú le odias á él, á su hijo, á su Dios, y á toda su raza entera.

MINDHA. Tú no dirás eso.

PENJAB. Le diré que tú le has invitado hoy á tus bodas con Segor.

MINDHA. No te creerá.

PENJAB. Me creerá... porque si con una palabra, con un gesto, ó una lágrima me desmientes, ya has visto á tu hijo, hago la seña de muerte y...

MINDHA. ¡Calla!

PENJAB. ¿Quieres su gracia á ese precio? (*Se oyen las cornetas.*) ¡Los ingleses! Segor te espera. (*Aparecen dos indias.*) Mindha, sigue á esas mujeres y ponte tu traje de desposada.

MINDHA. ¡Padre mio!

PENJAB. Lo quiero. (*Váse Mindha por el pórtico de la derecha. Aparecen por el foro jefes indios, Segor, Sidney, Monreal, invitados europeos que se colocan á entrambos lados de la escena, cubriendo el foro los sacerdotes y sacerdotisas de Bhawani con el pelo tendido y salpicado de estrellas de oro, vistiendo túnicas rojas y armadas cada una con dos puñales.*)

ESCENA VII.

DICHOS y PENJAB.

PENJAB. (*A los europeos.*) Sed bien venidos, amigos míos.

SIDNEY. (*A Penjab.*) El gobernador mi tío os suplica le dispenseis y me envía en su nombre á participar de vuestra fiesta.

PENJAB. Bien, Sidney: vuestra llegada es la seña para principiar.

SIDNEY. ¿Y Mindha?

PENJAB. Acabo de participarle vuestra llegada: está vistiéndose sus mas ricos trajes para recibirlos.

SIDNEY. (*En voz baja señalando á Segor.*) ¿Cómo está aquí el príncipe Segor?

PENJAB. Pertenece al número de nuestros amigos y esta fiesta celebra también su matrimonio. (*A Segor.*) Príncipe, presentarás tu prometida á mi hijo.

SEGOR. La presentaré.

SIDNEY. (*Ofreciéndole su mano.*) Es la de un amigo, príncipe. (*Segor, sin aceptarla, se inclina silenciosamente y se aleja.*)

MONREAL. (*En voz baja á Sidney.*) Aun te aborrece. Atención. He oído hablar de una danza de las sacerdotisas de Bhawani; ¿si se nos tenderá algun lazo?

SIDNEY. Siempre desconfías.

MONREAL. Si mis padres fuesen indios no me fiaría de ellos. Estas gentes tienen la astucia y la maldad de las fieras que se ocultan en los bosques. A no ser por el cariño que te profeso, no me habria aventurado á visitarlos en sus guaridas.

PENJAB. Principie la fiesta. (*Danza de los puñales por las sacerdotisas de Bhawani. Al final de ella se percibe á lo lejos un cañonazo, y Mindha, vistiendo el rico traje indiano, cubierta con un velo y seguida de algunas esclavas aparece en el foro.—Penjab hace una seña, y las sacerdotisas se retiran al fondo formando de nuevo un grupo inmóvil.*)

PENJAB. (*A los jefes indios.*) Escuchadme, hermanos míos: todos

vosotros teneis algun muerto que vengar; oid esas detonaciones; cada una de ellas significa la muerte y la destruccion para nuestros enemigos.

SIDNEY. Principe, ¿qué quiere decir eso?

PENJAB. (A Segor señalándole á Mindha.) Segor, presenta tu prometida á mi hijo. (Durante toda esta escena hasta el final se escuchan los cañonazos de tiempo en tiempo.)

ESCENA VIII.

DICHOS y MINDHA.

(Segor coge silenciosamente la mano de Mindha y la conduce delante de Sidney: este la contempla con asombro. De repente exhala una exclamacion y coge á Monreal de un brazo.)

SIDNEY. Monreal, ¡qué horrible pensamiento se me ocurre!

MONREAL. Mas de uno tengo yo.

SIDNEY. ¡Si fuera!... ¡pero no, es imposible!

PENJAB. ¿La ves?

SIDNEY. (Lanzándose á Mindha y arrancándola el velo.) ¡Mindha! ¡Mindha!... (Mindha inmóvil dirige sus ojos á Penjab que le designa el sitio donde figura estar su hijo. Mindha recobra su inmovilidad.)

PENJAB. (A los indios.) Indianos, ¡saludad á Mindha la inspirada! ¡Gloria á Mindha! (Inmensa aclamacion de los indios, que se vá perdiendo gradualmente.)

MONREAL. (A Sidney.) ¡Qué te decia!

SIDNEY. ¡Engañado por ella!

MONREAL. (Sacando sus pistolas.) Por si acaso...

SIDNEY. (Dirigiéndose á Mindha.) Responde, ¿es ese hombre á quien amas? (Silencio de Mindha.) Principe Segor, ¿es el asesinado ó el duelo quien va á darte la posesion de esa mujer?

SEGOR. Es la venganza. Durante un año me has condenado á una horribleagonia; ahora me llega mi vez y tu muerte será la señal de la matanza de los tuyos. (Tira sobre Sidney y le falta el tiro. Sidney tira y Segor cae muerto. Tumulto: los indios arrojan los lazos al cuello de los europeos mientras que otros les ligan las manos. Monreal luchando.)

MONREAL. ¡Canallas! ¡infames!

INDIOS. ¡A muerte, á muerte!

ESCENA IX.

DICHOS y MURRAY que entra precipitadamente lleno de espanto.

MURRAY. (A Penjab.) ¡Piedad! ¡Piedad! atados á la boca de sus cañones hay una porcion de mis hermanos. Yo vengo aquí en su nombre. Tú puedes hacer una señal para que cese esa matanza. Toma mi vida en cambio de la suya. ¡Gracia!

PENJAB. ¡Gracia! No la esperes. Mira. (Señalando á Monreal, Sidney y compañeros.)

MURRAY. (*Corriendo á ellos.*) ¡Sidney! ¡Monreal! (*Lo cogen y lo atan.*)

PENJAB. (*A los indios.*) Hijos de Siva y de Kali, regocijaos: vosotros los que habeis vivido en la ignominia, resucitad á la venganza, haced la señal. (*Uno de los indios levanta un farol de color rojo é inmediatamente caen los arcos de flores, rásgase en mil pedazos la cortina indiana y detrás de las macetas de flores que cubrian el foro, aparece Kisna con el niño de Mindha en los brazos y el puñal levantado sobre su cabeza. A lo lejos se ve la ciudad ardiendo, rojizas llamas principian á brotar por todos lados.*)

MINDHA. ¡Padre! ¡Salva á mi esposo!

PENJAB. (*Señalando á Kisna.*) Elige. (*Mindha, trastornada, quiere correr hácia su hijo y retrocede al lado de Sidney. Sofocada por las cien emociones que experimenta arroja una carcajada y señala á Kisna. Penjab se dirige á Sidney señalándole el niño.*) ¿Le reconoces?

SIDNEY. ¡Oh! ¡miserable!

PENJAB. La guerra indiana principia. ¡Vivan las Indias!

TODOS. ¡Vivan! (*Las sacerdotisas de Bhawani vuelven á principiar la danza alrededor de los prisioneros europeos. Mindha sigue riéndose, designando á Kisna inmóvil. El incendio va aumentando su intensidad. (Cae el telon).*)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

ACTO CUARTO.



Plataforma de la ciudadela de Dehli : en primer término á la derecha una mesa y algunas sillas. Cañonazos á lo lejos. Thugs puestos en observacion detrás de la muralla; Monreal fumando sentado en una silla, dos negros contemplándole. Un faquir dirigiéndose á los soldados.

ESCENA PRIMERA.

MONREAL, FAQUIR y THUGS.

MONREAL. (*A un negro.*) ¡Fuego! (*El negro se lo da y enciende su cigarro.*)

FAQUIR. (*A los soldados.*) Paciencia y valor, hijos de Siva.

THUG. 1.º ¡Paciencia! Hace tres meses que la tenemos y el buen dios no quiere concedernos la victoria.

FAQUIR. Ya la obtendremos.

THUG. 2.º El campo de los europeos ha recibido refuerzos.

FAQUIR. Con eso la matanza y el botin serán mayores.

THUG. 1.º La peste está haciendo estragos en la ciudad.

FAQUIR. Resistidla valerosamente y ella tendrá miedo de vosotros.

MONREAL. (*A un negro.*) Dame café. (*El negro se inclina y se vá.*)

THUG. 1.º (*Señalando á Monreal.*) Estos prisioneros son la causa de nuestra desgracia. No sé para qué guardar tantas consideraciones con ellos.

FAQUIR. Están engordando para el sacrificio. Si se les ha dejado vivir ha sido porque sin ese doctor europeo toda la guarnicion habria muerto del tifus.

THUG. 2.º Si, pero por concederles la vida todos nosotros estamos sufriendo.

MONREAL. (*Aproximándose á ellos.*) ¿Qué hablais, imbéciles? ¿Os

quejais acaso porque vivo? Si no fuera por mí, ¿existiriais alguno? ¡Estúpidos! Creéis tenerme prisionero y vosotros lo sois míos. Cuando el tífus invadió la poblacion los vivos eran insuficientes para conducir los muertos. Todos desde el primero hasta el último habriais sucumbido á no haberme sacado del calabozo mendigándome la vida. Hace tres meses que estoy pasando revista á vuestras pieles que nada tienen de agradable y la peste va cediendo. Maladme y todos morireis conmigo.

THUG. 1.º Mejor hubiese sido que no vivieseis ya.

MONREAL. (*Mirándole fijamente.*) ¿De veras? Pues mira, hijo mio, marcha delante de mí. Dentro de dos horas pueden enterrarte. Tienes el tífus. (*Los soldados se alejan de él.*)

THUG. 1.º (*Vacilando y con voz suplicante.*) ¡Doctor!

MONREAL. ¡Llevadle! Todo es inútil. (*Los indios se llevan al Thug. Monreal se aproxima á la mesa y vierte en la taza el café que le presenta el negro.*) ¡Magnífico! Ahora resumamos la situacion: en primer lugar, el comandante de esta fortaleza es uno de esos ricos indios que solo adoran á las mujeres, los buenos manjares y la pereza, poseyendo además una salud envidiable. En segundo lugar, está cansado del largo sitio de Dehli y adivina su resultado. Victoria por parte de los nuestros y castigo para ellos. En conclusion, á este sibarita de piel roja le conviene crearse amigos entre los vencedores, y esto es lo que debe hacer. (*Sale un indio que se acerca con precaucion á Monreal.*) ¿Eh? ¿qué quieres tú?

ESCENA II.

MONREAL y EL INDIO.

INDIO. El jefe de la ciudadela me ha entregado este despacho para vos, que ha recibido del gobernador.

MONREAL. ¡Bravo! Veamos el estilo de Penjab. (*Leyendo.*) «Los europeos regularmente darán el asalto con buen éxito.» Magnífico (*Vuelve á leer.*) «Si el punto de la poblacion donde habita mi hija es tomado, la enviaré á la ciudadela y pegaré fuego á la ciudad.» El recurso me parece bastante malo. «En ese caso los prisioneros serán ametrallados.» ¡Malo, malo! Esto es una cuestion puramente personal. «Resistencia hasta la muerte.» Bien, (*al indio*) ¿y para qué me envia el comandante este pliego?

INDIO. Cuando Penjab desespera, debe ser el peligro muy inminente.

MONREAL. Desde luego; es decir que dentro de algunas horas tal vez la poblacion será tomada y...

INDIO. (*En voz baja.*) Por esa razon el comandante me envia para ofreceros su proteccion.

MONREAL. ¡Muy bien! Previendo yo este caso he escrito ya un certificado, por el cual les constará á nuestros compañeros vencedores que somos deudores de nuestra vida al comandante. Este documento le servirá de pasaporte en cambio de un salvoconducto que él nos ha de dar y un guía. ¿Has comprendido, morenito?

INDIO. Transmitiré vuestras palabras al comandante.

MONREAL. ¡Eso es! pero me alegraré mucho mas que me trasmittas el salvoconducto que te pido. (*El indio se inclina y desaparece por la izquierda.*)

ESCENA III.

DICHOS, EL FAQUIR, MURRAY, SIDNEY, SOLDADOS, y despues GULNAR.

MURRAY. (*A Monreal.*) Amigo mio, según me ha dicho el comandante, parece que ha recibido la órden para nuestra ejecucion.

MONREAL. Cierto; pero yo le he hecho algunas objeciones muy del caso y creo que esa ejecucion no tendrá lugar.

MURRAY. (*A Sidney que permanece inmóvil.*) Jorge, cuando llegamos aquí creimos dirigirnos á la muerte. Monreal nos salva, ¿y no le dices una palabra?

SIDNEY. (*Abrazando á Monreal.*) Perdóname, Monreal.

MONREAL. ¡Siempre melancólico y triste! Vamos, eso es demasiado ya... ¿Y por quién? Por un chiquillo y por una mujer. ¡Bah!... por el chiquillo pase, pero lo que es por su madre...

SIDNEY. No hables así.

MONREAL. Vamos á ver. ¿No tiene ella la culpa de que nos encontremos así?

SIDNEY. Sí.

MONREAL. ¿No la viste tú mismo desposarse con Segor?

SIDNEY. Y hubiera deseado morirme en aquel momento.

MONREAL. ¡Buena tontería! Despues... aquella sonrisa de hiena cuando te señalaba á tu hijo.

SIDNEY. A pesar de todo eso dudo.

MONREAL. Voy á convencerte con pruebas. (*Señalando á los soldados.*) Esos tunantes no saben lo que nosotros significamos para Mindha. Aproximáos. (*Los soldados y el Faquir obedecen.*) ¿Cuál es entre todas vuestras mujeres de la India la que mas veneracion os merece?

FAQUIR. Mindha la inspirada.

MONREAL. ¿Por qué?

FAQUIR. Porque es la sacerdotisa amada de Siva. Porque le ha sacrificado sin vacilar á Segor su prometido, á su esposo, á su hijo, y le sacrificaría si fuera necesario á su mismo padre. Nadie sabe dónde reside ahora, pero indudablemente existe, y cuando llegue la hora aparecerá para el triunfo. Entonces ¡ay del que se atreva á desobedecerla! (*Mientras ha hablado el Faquir, Gulnar ha entrado con precaucion colocándose cerca de Sidney.*)

MONREAL. Está bien, alejáos. (*Obedecen los indios y el Faquir.*) ¿Has escuchado (*á Sidney*), su apoteosis?

SIDNEY. No puedo creer tal infamia.

GULNAR. (*Dándole un papel.*) Escucha.

SIDNEY. ¿Quién eres tú?

GULNAR. Yo soy uno de los esclavos mas queridos de Mindha. El día 13 de octubre á mí y á Muzul nos dió el encargo de ir á

buscarte á fin de que no acudieras al llamamiento de Penjab, pero ambos caimos heridos por Penjab y tú llegaste.

SIDNEY. El trece de octubre. ¡El día de nuestra prision! ¿Y despues?

GULNAR. Muzul murió y yo he podido escapar con trabajo á mis heridas: te he buscado y hasta ahora no he podido reunirme á ti.

SIDNEY. (A *Monreal con alegría.*) ¿Lo oyes?

UN SOLDADO. (En el fondo.) El barrio de Cabul está ardiendo.

GULNAR. (Corriendo precipitadamente hácia la derecha.) ¡El barrio de Cabul! Voy corriendo á salvarle.

SIDNEY. (Queriendo detener á Gulnar.) Espera.

GULNAR. (Separándose bruscamente.) Déjame por tu bien. (Váse.)

MONREAL. (Deteniendo á Sidney.) ¡Silencio delante de ellos!

SIDNEY. ¡El volverá!

MONREAL. No te fies.

SIDNEY. Sí, mi corazon me lo asegura y ella es inocente. ¿Lo creéis, Murray?

MURRAY. Lo creo.

SIDNEY. Ella queria salvarnos.

MONREAL. Entonces su matrimonio...

SIDNEY. Era una comedia absurda.

MONREAL. ¿Pero su sonrisa?...

SIDNEY. ¡Oh! sonreir delante de nuestro hijo próximo á morir, ¿no comprendes lo pue pudiera significar? ¡La locura, Monreal! ¡Mindha está loca!

MONREAL. ¡Tanto mejor! con eso su llegada será menos peligrosa.

SIDNEY. ¡Su llegada! ¿Qué quieres decir?

ESCEÑA V.

DICHOS, UN INDIO, despues OFICIAL y MINDHA loca.

INDIO. (A *Monreal.*) Doctor, el gobernador os llama.

MONREAL. Voy. (Se dirige al Faquir y á los soldados.) ¡Ah! escuchad. Como es muy posible que durante mi ausencia trateis de cometer algun desman con mis hermanos, os anuncio que si tal sucede, os abandono al tífus como hice antes con vuestro compañero. ¿Habeis entendido?

FAQUIR y soldados (con ademán suplicante.) ¡Doctor!

MONREAL. Vuestras vidas me responden de ellos. (Váse por la izquierda.)

OFICIAL INDIO. (Entrando precipitadamente.) ¡A las armas! El enemigo da el asalto. (Al Faquir.) ¿Esperas algo, Faquir?

FAQUIR. (Señalando á la derecha.) ¿Que si espero? ¡Mira! Abi llega la libertad y la victoria. (Gritos dentro de ¡Viva Mindha!)

MINDHA. (Apareciendo por la derecha.) ¡Fuego!... ¡Sangre!... ¡Tigres que rien!... ¡Niños que lloran!... (Cambio de voz.) ¡Niños!

FAQUIR. (A los indios.) ¡Arrodilláos delante de ella! (Le obedecen.)

MINDHA. (Mira alrededor, despues se separa adelantándose hácia el proscenio como si quisiera estar sola, y llama.) ¡Sidney! ¡Jorje! (Escucha como si esperase una respuesta.)

SIDNEY. ¡Nos llamal

MINDHA. ¡Nunca responden á mi voz! (*Como asaltada por un pensamiento.*) ¡Ah! Tal vez no quieran venir porque tendrán miedo de estos. (*A los indios.*) Marchad, dejadme sola.

FAQUIR. Obedezcamos á Mindha la inspirada. (*Se inclinan respetuosamente y salen por la izquierda.*)

MINDHA. Ya estoy sola, ya no puede veros nadie. ¿Veis? Me arro-dillo delante de vosotros. Tengo tanta gana de abrazaros... Sidney... Hijo mio... Responedme.

SIDNEY. (*Dirigiéndose á Mindha.*) Aquí estoy, Mindha, mírame. ¿Me reconoces? (*Mindha le mira con inmovilidad.*) ¡Loca, Dios mio! ¡Local! (*Con desesperacion.*)

MONREAL. (*Entrando precipitadamente.*) ¡Vivo! Ya tengo aquí el salvoconducto. Marchemos.

SIDNEY. (*Señalando á Mindha.*) ¿Y ella?

MONREAL. Ella tiene seguridad entre esta gente.

SIDNEY. ¿Y crees que yo puedo abandonarla así? Antes la muer-te que la vida sin ella. Mindha, tú que me llamabas, ¿no me ves á tu lado? ¿No reconoces á tu Sidney que te ama mas que nunca y que quiere sacarte fuera de aquí? Mindha, esposa mia, ¿no me reconoces? (*Mindha permanece inmóvil.*)

MONREAL. (*Observando desde el foro.*) Amigos míos, estamos sobre un volcan.

SIDNEY. (*Arrodillandose delante de Mindha.*) ¡Mindha! ¡vida mia! ¡mi ángel... mi amor!... tú me escuchas, ¿no es verdad? Yo quiero que me conozcas, que me sonrías. ¿No has dicho que tu alma te habia abandonado al perder á los que amabas? Pues bien, ya me tienes junto á ti, de rodillas á tus piés suplicándote y llorando. Reconóceme. Van en ello nuestras vidas. ¡Dios mio, haz que crea en tí!

MURRAY. ¡Jorgel

SIDNEY. (*A Murray.*) Es preciso que Dios haga un milagro. Ruégale tú que eres un santo.

MURRAY. (*Con voz inspirada.*) Señor, tú que no abandonas jamás á los que en tí creen, no nos abandones en este trance. ¡Señor, Señor! yo creo, yo espero.

ESCENA VI.

DICHOS, GULNAR apareciendo con un niño en los brazos.)

GULNAR. Señora... Señora... ¿Dónde está?

TODOS. ¿Qué es eso?

SIDNEY. ¡Mi hijo! (*Le coge y se lo presenta á Mindha.*) ¡Miral

MURRAY. (*Señalando á Mindha en cuyo rostro se opera una revolución á la vista del niño.*) ¡He abí el milagro! No lo hemos obtenido nosotros, ha sido ese ángel.

MINDHA. (*Dando un grito.*) ¡Jorgel! ¡Sidney! ¡Murray! ¡Hijo de mi alma!

GULNAR. Yo le habia ocultado en una casa del barrio de Cabul y le acabo de salvar del fuego como le salvé de la muerte.

SIDNEY. } ¡Cómo!

MINDHA. }

GULNAR. Aprovechándome de la confusion de estos dias entré en la casa de Kisna y la arrebaté el niño á costa de su vida.

MINDHA. ¿Kisna ha muerto?

GULNAR. Gulnar lo ha hecho para que su señora no sufriera.

SIDNEY. (*Abrazándole.*) Ven á mis brazos, amigo mio. (*Ruido dentro.*)

MONREAL. ¡Estamos perdidos!

MINDHA. ¡Perdidos! ¡Perdidos cuando acabo de recobrarlos!

MONREAL. Veamos si por aquí...

MINDHA. ¡Sálvalos, Dios mio! (*Vánse izquierda.*)

ESCENA VII.

PENJAB, *Sacerdotes y soldados indios y despues SELIM por la derecha.*)

OFICIAL 1. ° Los europeos están en la ciudad.

PENJAB. (*Apareciendo con los vestidos en desorden.*) ¿Dónde están los rajabs de Uda y de Nizam?

SELIM. Se han pasado al enemigo.

PENJAB. ¡La traicion! ¡Por todas partes la traicion! ¡Oh! ese es el suicidio de las naciones condenadas. Infamia y amargura para los viles hijos de la patria que cubren de ignominia á su madre. Dehli la grande, la inespugnable, la inmortal, tú la que te proclamabas el arsenal del Indostan, mentiras. Despójate de tus vanos atributos y apellidate solo Dehli la esclava, la cobarde, la traidora. ¡Oh! Los ingleses te conocian mejor que yo. Cuando los gritabas por la boca de tus cien mil defensores: «yo soy libre, yo soy independiente,» ellos se reian de tu locura y con el oro mas que con las armas han venido á comprarte. ¡Eterno baldon para tí, ciudad maldita! Que el odio y la venganza de Siva caigan sobre tí, y que los malditos hijos del sol que te abandonan se vean sin tierra donde poner su planta, sin agua para apagar su sed, y que su alma maldita y degradada pase despues de muerta al cuerpo de un pária.

SELIM. Los cipayos de Bengala y del Dekan son numerosos todavia y nos pertenecen. ¿Qué dispones, Penjab?

PENJAB. Morir matando. ¡Esta debe ser la divisa de los hombres y de las piedras! Dos mil casas hay en la ciudad: prendedlas fuego y que sus escombros calcinados se desplomen sobre los europeos. ¡Corred, hijos del sol! ¡Siva, el dios de la venganza y de la destruccion está con nosotros! Ya que no podemos ser vencedores, convirtamos á Dehli la maldita en el vasto cementerio de nuestros enemigos.

SALEM. (*Entrando precipitadamente.*) ¡Penjab, Penjab! Los cipayos de Bengala y del Dekan deponen sus armas. (*Consternacion general.*)

PENJAB. ¡Los últimos que nos quedaban!

SELIM. El bien general exige un prodigio.

PENJAB. (*Con angustia.*) ¡Oh! ¡ya sé lo que quieren!

SALEM. Nadie mas que Mindha puede salvarnos.

PENJAB. (En ella creen solamente.)
 SELIM. Penjab, ¿cuándo vendrá Mindha?
 PENJAB. (Yo les he ocultado su perjurio y su demencia.)
 SALEM. Responde. La ausencia de tu hija es la causa de que la traición se difunda entre los nuestros. Su presencia puede evitarla. En nombre de la India que perece, ¿dónde está tu hija?
 PENJAB. (Vacilando.) ¿Dónde?
 TODOS. Si.

ESCENA VIII.

DICHOS, un FAQUIR.

FAQUIR. Valor y esperanza. Aquí está Mindha.
 PENJAB. (¿Qué dice?) ¿La has visto?
 FAQUIR. Sí.
 PENJAB. ¿Y viene á este sitio?
 FAQUIR. Conduciendo á los prisioneros para sacrificarlos.
 PENJAB. (Con asombro.) ¡Para sacrificarlos!
 FAQUIR. Sí; trae á su hijo y á Sidney.
 PENJAB. ¡A su hijo! (Con alegría.) ¡Ah! sí; puede que en su locura los mate sin conocerlos. ¡Oh! Todavía hay esperanza. ¡Dehli. aun no has muerto!

ESCENA IX.

DICHOS, MINDHA, SIDNEY, MURRAY, MONREAL, GULNAR trayendo de la mano al hijo de Mindha. Soldados indios salen por la derecha.

PENJAB. (Mirando fijamente á Mindha.) ¡Mindha!
 MINDHA. ¡Padre mío!
 PENJAB. ¡Me ha reconocido! (Corriendo hácia ella y en voz baja.) ¿Has recobrado la razon?
 MINDHA. La razon y los santos deseos.
 PENJAB. ¿Los santos deseos? Traes á los prisioneros para....
 MINDHA. A no ser por mí, habrian sido hechos pedazos por la multitud.
 PENJAB. Y tú lo has impedido para reservármolos; ¡gracias! (Observándola.) ¡Calla... se estremecel... Veamos si es cierta su buena fé.) (A los indios.) Que se carguen los cañones.
 MINDHA. ¡Padre!... ¿qué soy yo para esa gente?
 PENJAB. ¿Qué eres tú? El óráculo que ha de anonadar á nuestros enemigos y el esplendor de tu raza. Los indios creen en ti como en su dios.
 MINDHA. ¿De veras?
 PENJAB. Sí; eres mas grande que todos los antiguos soberanos de las Indias. Ellos no tenian mas que una corona; tú tienes una auréola.
 MINDHA. ¿Con que soy un dios para ellos?
 PENJAB. A quien obedecerán ciegamente.
 MINDHA. Y los europeos, ¿llegarán pronto?
 PENJAB. Están dando el asalto.

MINDHA. ¿Y tú dices que esas gentes me creerán si yo les hablo con fé y energia?

PENJAB. Sí, Mindha, sí.

MINDHA. Gracias; necesitaba todo ese poder para salvar á mi esposo y á mi hijo, y tú me lo has dado.

PENJAB. ¿Qué dices?

MINDHA. Que á pesar tuyo se salvarán, que los indios me pertenecen, y que solo me hacia falta para salvar á esos dos seres tan queridos el poder del dios de esa gente y la razon que mi nuevo Dios me ha devuelto.

PENJAB. ¡Traicion!

MINDHA. (*Con voz poderosa.*) ¡Silencio!

PENJAB. Quiero hablar.

MINDHA. ¡Silencio he dicho!

SALEM. Rajah, tú nos has dicho siempre que el que desobedeciese á Mindha merecia la muerte. ¡Silencio!

MINDHA. Ya ves si tengo poder.

PENJAB. ¿Quieres la lucha? Sea. (*Inclinándose delante de ella.*) Teneis razon; eso os he dicho y yo soy el primero en obedecerla. Manda, hija mia; á tí sola te concedo el honor de ordenar el sacrificio de los prisioneros.

INDIOS. Sí, mueran.

OFICIAL. El enemigo acaba de franquear la última muralla.

MINDHA. (No tardarán en llegar.)

PENJAB. El sacrificio, hija mia.

INDIOS. ¡El sacrificio! ¡el sacrificio!

MINDHA. (*A Penjab.*) Sávalos, padre mio.

PENJAB. Ordena su muerte.

MINDHA. Concédeme la vida de mi esposo, la de mi hijo, de mi hijo, que es el tuyo tambien, porque yo soy tu hija.

PENJAB. (*Cogiéndola y con voz sorda.*) ¡Tú mi hija! escucha. Hace veinte años que en la costa del Océano indio hay una fosa que contiene dos cadáveres europeos, los de tu padre y de tu madre.

MINDHA. ¡Mis padres!

PENJAB. Estrangulados á mi vista y bajo mis órdenes.

MINDHA. ¡Estrangulados por tí!...

PENJAB. (*Con cólera creciente.*) Si, por mi que no te concedí la vida mas que para hacer de ella un lazo, una llama, un puñal pronto á esconderlo en las entrañas de tu propia patria. ¿Comprendes ahora mi aborrecimiento hácia todo cuanto tú ames? Mindha, ordena el sacrificio. La India te espera.

INDIOS. ¡El sacrificio!

MINDHA. (*A los indios.*) Voy á concedéroslo, hijos de Brahma. ¿Sabeis por qué hace tanto tiempo nos ha abandonado el buen dios, prestando su ayuda á los europeos? Porque yo me he atrevido á rehusarle la victima que me pedia. (*Los indios exhalan gritos de cólera.*) Si, el dios me decia: «cuanto mas querida sea para el sacrificador la victima que ofrezca, mas agradable y mayor valor tendrá á mis ojos.» Y yo suplicaba y he resistido hasta hoy. Perdonadme, hijos de Brahma y de Viehnú. Ya no resisto mas, la salud de la patria lo exige; aunque mi co-

razon se desgarre, cúmplase la voluntad de los dioses. La víctima que Siva exige, es mi padre. Sacrificadle. (*Los indios se arrojan sobre él.*)

PENJAB. ¡Me ha vencido! (*Los soldados ingleses saltan por la muralla, combate de corta duracion, la plataforma salta á impulsos de la misma, y deja ver las calles de la poblacion donde luchan los ingleses con los indios, al resplandor del incendio.*)

INDIOS. La India perece.

PENJAB. Patria, no quiero presenciar tu muerte.

INDIOS. ¡El sacrificio!

PENJAB. Sea. Así mueren los valientes. (*Se da una puñalada y cae.*)

SIDNEY. ¡Victoria! Mindha, ahora me toca protegerte.

MURRAY. De rodillas, Mindha; el dios de ese hombre es el de la destruccion. Adoremos nosotros al que consuela y perdona. (*Se arrodillan. Cuadro final.*)

FIN DEL DRAMA.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 26 de Mayo de 1865.

EL CENSOR DE TEATROS,

Narciso S. Serra.



La planta exótica.
 Las mujeres.
 La union en Africa.
 Las dos Reinas.
 La piedra filosofal.
 La corona de Castilla (aleg^{ra}.)
 La calle de la Montera.
 Los pecados de los padres.
 Los infieles.
 Los moros del Riff.
 La segunda cenicienta.
 La peor cuña.
 La choza del almadreno.
 Los patriotas.
 Los lazos del vicio.
 Los molinos de viento.
 Los estranguladores.
 La agenda de Correlargo.
 La cruz de oro.
 La caja del regimiento.
 Las sisas de mi mujer.
 Lluven hijos.
 Las dos madres.
 Mi mamá.
 Mal de ojo.
 Mi oso y mi sobrina.
 Martin Zurbano.
 Marta y Maria.
 Madrid en 1818.
 Madrid á vista de pájaro.
 Miel sobre hojuelas.
 Mártires de Polonia.
 ¡María! ó la Emparedada.
 Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.

Negro y Blanco.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 Olimpia.
 Propósito de enmienda.
 Pescar á rio revuelto.
 Por ella y por él.
 Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardin.
 Poderoso caballero es D. Di-
 nero.
 Pecados veniales.
 Premio y castigo, ó la con-
 quista de Ronda.
 ¡Que convidó al coronell...
 Quien mucho abarca.
 ¡Qué suerte la mía!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 Rebeca.
 Rival y amigo.
 Su imagen.
 Se salvó el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (*Patron de Ma-
 drid.*)
 Sueños de amor y ambicion.
 Sin prueba plena.
 Sobresaltos de un marido.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, inconfeso y mártir.
 Trabajar por cuenta agena.
 Todos unos.
 Un amor á la moda.

Una conjuracion femenina.
 Un dómine como hay pocos.
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huésped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en suerte.
 Una leccion reservada.
 Un marido sustituto.
 Una equivocacion.
 Un retrato á quemarropa.
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una leccion de córte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero.
 Un sí y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una leccion de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicida!
 Un marido cogido por los ca-
 bellos.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de
 la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
 Armas de buena ley.
 A cual mas feo.
 Claveyina la Gitana.
 Cupido y Marte.
 Céjaro y Flora.
 D. Sisnando.
 Doña Mariquita.
 D. Crisanto, ó el alcalde pro-
 veedor.
 El Bachiller.
 El doctriño.
 El ensayo de una ópera.
 El calesero y la maja.
 El perro del hortelano.
 En Ceuta y en Marruecos.
 El leon en la ratonera.
 El último mono.
 Enredos de carnaval.
 El delirio (drama lirico.)
 El postillon de la Rioja. (*Mú-
 sica.*)
 El vizconde de Lectorieres.
 El mundo á escape.

El capitan español.
 El corneta.
 El hombre feliz.
 El caballo blanco.
 El colegial.
 Harry el Diabolo.
 Juan Lanas. (*Música.*)
 Jacinto.
 La litera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el
 suegro ómnibus.
 Las bodas de Juanita. (*Mú-
 sica.*)
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca negra.
 La estátua encantada.
 Los jardines del Buen Retiro.
 Loco de amor y en la córte.

La venta encantada.
 La loca de amor, ó las pri-
 siones de Edimburgo.
 La Jardinera. (*Música.*)
 La toma de Tetuan.
 La cruz del Valle.
 La cruz de los Humeros.
 La pastora de la Alcarria.
 Los herederos.
 Mateo y Matea.
 Moreto. (*Música.*)
 Nadie se muere hasta que
 Dios quiere.
 Nadie toque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.

La Direccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, nú-
 mero 40, cuarto segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.	Lucena.....	Cabeza.
Albacete	Perez,	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almería.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered. de Andrión
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias.	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz García.	Pto. de Sta. María.	Valderrama.
Castellón.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real.....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo ..	Tejada.	San Fernando.....	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	San Lúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C. de Tenerife.	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian.....	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijón.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y comp.ª
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. ^a y Geltrú..	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.